

UBINADAMU

Número XVII

JULIO-AGOSTO 2023



ÁFRICA.
ANÁLISIS.
THINK TANK.
JUVENTUD.
MEDIO AMBIENTE.
MIGRACIONES.
CONFLICTOS.

RADICALISMO JUVENIL
EN EUROPA: CUANDO
EL CINISMO SOCIOPOLÍTICO
SIEMBRA LA VIOLENCIA



REVISTA UBINADAMU, N.º XVII

Julio-Agosto 2023.

@ Copyright Ubuntu Pachamama Strategic Think Tank.

28982 Parla (Madrid), España.

upsthinktank@gmail.com

<https://www.ubuntupachamamastrategicthinktank.com>



Laico. Apolítico. Rigor. Científico. Juventud. Diáspora africana.

Un Think Tank diferente al resto en cuanto a las orientaciones y nuestra visión. Pensamos sobre África (su diáspora), con él y desde él. Independiente, visión estratégica y un laboratorio de las ideas innovadoras que persiguen el cambio estructural. UPSTT es un proyecto sin ánimo de lucro que persigue como único fin la divulgación de los temas africanos y ambientales. Para realizar una tarea coherente y guiándonos por los valores, hemos decidido ser una entidad independiente que no solicita una ayuda financiera a ninguna institución. ¡Gracias por ser un fiel lector! ¡Pensar para humanizarnos!

Contenido

Resumen:	4
Summary:.....	4
1.0 JUSTIFICACIÓN DEL ARTÍCULO: LA MISIÓN DEL PENSADOR CRÍTICO EN UNA SOCIEDAD PARADÓJICA	5
2.0. EXPERIENCIAS: UN SISTEMA JUDICIAL INSTRUMENTALIZADO POR LAS IDEOLOGÍAS Y LAS GANAS DE VENGANZA	15
3.0 RADICALISMO JUVENIL: FACTORES INSTITUCIONALES, CULTURALES, IDEOLÓGICOS Y SOCIOPOLÍTICOS	21
3.1. JÓVENES RADICALIZADOS POR LAS INCOHERENCIAS SOCIALES.....	25
4.0 JUSTIFICACION DE LA YIHAD ENTRE LOS FUNDAMENTALISTAS.....	47
5.0 CONCLUSIÓN (PROPUESTAS)	51
Bibliografía	54

RADICALISMO JUVENIL EN EUROPA: CUANDO EL CINISMO SOCIOPOLÍTICO SIEMBRA LA VIOLENCIA

Dr. Maurice Dianab Samb

Filósofo / Teología y Ciencias de la Religión / Máster en Diplomacia y Relaciones Internacionales /

Doctor en Historia, Cultura y Pensamiento.

Resumen: A raíz de los atentados terroristas en Estados Unidos en 2001, Occidente parece estar sumergido en una paranoia y desarrolla un miedo visceral hacia el terrorismo (el otro, el musulmán). Si sumamos a este fenómeno, las guerras en ciertas regiones y los movimientos migratorios dirigiéndose hacia las fronteras del norte global, creando así el resurgimiento de la xenofobia o los discursos que asocian la migración con la delincuencia y el fundamentalismo religioso como una amenaza contra Occidente, la realidad sociopolítica se vuelve cada vez más compleja y violenta. Para debilitar las “fuerzas del mal” que cuestionan los valores de la convivencia e instituciones, los Estados han venido adoptando una serie de medidas que, en vez de resolver los desafíos en torno a la seguridad nacional, tienden a violar los derechos humanos y la privacidad de los ciudadanos. Peor todavía, a la hora de analizar el terrorismo y el radicalismo de los jóvenes europeos o hijos de migrantes nacidos en los países de acogida, los analistas suelen hablar de los efectos o resumiendo los factores en meras cuestiones ideológicas, dejando de lado las verdaderas razones por las cuales estos colectivos se refugian en los grupos extremistas y su rechazo a la sociedad. Huyendo de los reduccionismos, intentamos partir de unas experiencias vividas -la instrumentalización del sistema judicial, las injusticias, el cinismo sociopolítico- para explorar los motivos detrás de la radicalización juvenil en las periferias y posibles soluciones. En la sociedad moderna, el cinismo sociopolítico alimenta la violencia.

Palabras claves: Radicalismo, injusticias, yihad, violencia, racismo institucional...

Summary: Following the terrorist attacks in the United States in 2001, the West is immersed in paranoia and develops a visceral fear of terrorism (the Other, Muslim). Adding to this phenomenon, the wars in certain regions and the migratory movements heading towards the borders of the global north, thus creating the resurgence of xenophobia or discourses that tends to associate migration with crime and religious fundamentalism as a threat against the West, the sociopolitical reality is becoming increasingly complex and violent. To weaken the “forces of evil” that questions the values of coexistence and institutions, States have been adopting a series of measures that, instead of resolving national security challenges, tend to violate human rights and privacy of citizens. Worse still, when analyzing terrorism and radicalism among Europeans or descendants of migrants in host countries, analysts often mention the effects or summarize the factors in mere ideological questions, leaving aside the real motives why these groups do take refuge in extremist activities to express their rejection of their society. Avoiding reductionism, we intend to embark from lived experiences - the instrumentalization of the judicial system, injustices, socio-political cynicism - to explore the reasons behind youth radicalization in the peripheries and how to solve it. In modern society, sociopolitical cynicism fuels violence.

Keywords: Radicalism, injustices, jihad, violence, institutional racism...

1.0 JUSTIFICACIÓN DEL ARTÍCULO: LA MISIÓN DEL PENSADOR CRÍTICO EN UNA SOCIEDAD PARADÓJICA

El progreso nace con la rebelión de los solitarios e incomprendidos: como Sócrates y Giordano Bruno que entregaron sus vidas por la verdad filosófica-científica, también me rebelo contra la mentira societal. Al infierno dantesco con su hipocresía que denominan políticamente correcto. Quieren decorar la verdad con mentiras insostenibles, ¡gracias, no participo! No me preocupo por sus prejuicios, cinismo, ideologías... Tú, hombre inmortal, salido del barro y pecador (en palabras y acciones), ¿quién eres para juzgar a tu prójimo?, ¿quién te ha brindado la autoridad para alterar la paz y la vida del prójimo, sabiendo que tú mismo, cotidianamente ocultas las debilidades de tu corazón? Señor, bríndame el don de la prudencia: “Oíd, y entended: No lo que entra en la boca contamina al hombre; más lo que sale de la boca, esto contamina al hombre” (Mt. 15:10-11) (cf. Mc. 7:1-23). Hoy, más que nunca, reafirmo las palabras de san Pablo a los Corintios: “*Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada*” (1 Corintios 13:1-3). Partiendo de estas palabras, dicto mi perdón.

Querían despertar en mí el sentimiento de odio y el resentimiento, y fracasaron. Esforzándome para encarnar los valores humanísticos, africanos (*ngoor*, honor en wolof) y cristianos (la *Cristología: Cristo como referencia de la virtud*, decía el joven Hegel), y a pesar de las trágicas experiencias, mi conciencia me invitó a perdonar. Sí, perdono, a pesar de todo el mal que han sembrado, a escondidas o de una manera disimulada, porque el perdón es más poderoso que las armas destructivas, el odio..., y es el único remedio contra las intenciones dañinas de una humanidad colonizada por el virus del mal. Más allá de los credos y los ritos, el perdón simboliza la base de la fe cristiana, al ser lo que reúne al hombre con Dios nuevamente tras la caída, de ahí incluso Jesús, en las horas más agónicas en la cruz (el castigo más humillante para la época), supo perdonar a los que reclamaban su vida, los soldados romanos apostados por sus vestidos y linchándole: “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (Lc. 23:35).

El perdón es la parábola que desvela la esencia del hombre y las vías para humanizarnos. El papa Francisco, partiendo de las experiencias de la santa africana Josefina Bakhita, para analizar el valor del perdón, indica: “Ha traspasado todas las fronteras y ha llegado a todos aquellos a los que se les niega la identidad y la dignidad [...]. Sabemos que a menudo el herido hiere a su vez; el oprimido se convierte fácilmente en opresor. En cambio, la vocación del oprimido es liberarse a sí mismo y a los opresores convirtiéndose en restauradores de la humanidad. [...] Compadecerse significa tanto sufrir con las víctimas de tanta inhumanidad del mundo, y también compadecerse de los que cometen errores e injusticia, no justificando, sino humanizando. [...] Bakhita —continuó el Pontífice—, pudo vivir el servicio no como una esclavitud, sino como expresión del don gratuito de sí misma. Esto es muy importante: convertida en sierva forzada, eligió libremente convertirse en sirvienta, para llevar sobre sus hombros las cargas de los demás...; el perdón no quita nada, sino que añade dignidad a la persona, eleva la mirada desde el propio ombligo al rostro de los demás, para verlos tan frágiles como nosotros,

pero siempre hermanos y hermanas en el Señor” (Audiencia General, 11/10/2023). Por eso, al perdonar las agresiones, las injurias, las tentativas de destrucción, aquellos que planifican la destrucción del prójimo por puros cálculos materiales o beneficios mundanales, liberamos al opresor del yugo del odio para que pueda revivir la dimensión humana del hombre (la fraternidad). Sentir misericordia por aquellos que nos oprimen no implica perdonando y creando muros entre nosotros y ellos, sino viviendo la virtud misma o la alegría en un modo *Kairós* al saber que hemos ‘salvado’ a uno de la autodestrucción.

Cada uno de nosotros comete el daño o sufre sus efectos, pero, aun así, tenemos la obligación de crear un mundo más humano. La cultura de la violencia (física, emocional, cultural, política y geopolítica), no es más que la ilustración de la debilidad del opresor (individuo/sociedad/Estado). Nuestra civilización ha canonizado la violencia como una verdad absoluta y el último medio para alcanzar los objetivos en vez del diálogo, y en esto, no hace la distinción entre el hombre y los demás seres vivos: aplica la violencia contra todos, sobre todo cuando considera que sus planes pueden frustrarse. Por lo que, ante la ritualización de la violencia en la sociedad *pos-civilizada*, si queremos encarnar los valores humanísticos y pacifistas, tenemos la obligación de derrotar la violencia mediante nuestras conductas y ejemplos de vida reconciliadora. Perdonar no significa debilidad ni “tonto” como tiende a creer la era insensible, ni la resignación ante la injusticia, sino verlo como el medio para alejarnos de la hipocresía del hombre que ha resumido la existencia en competición y venganza: tortura, invasión, castigo, empobrecer, etc. No podemos ser víctima del resentimiento ni la rabia, más bien transformar nuestras comunidades mediante nuestros gestos simples, cotidianos, etc. De ahí a pesar de conocer los riesgos de un posible linchamiento moral y la imprudencia de los que dictan sentencias sin conocer los verdaderos hechos, sobre todo, yo siendo negro y masculino en una época donde los sentimientos colonizan la evidencia; siguiendo estas ideologías alimentarias, soy culpable, pero ninguno de estos juicios me quita el sueño, porque cuando la conciencia y los valores actúan como faro, orientando nuestras acciones, no podemos temer, “¡qué dirán!” Por eso, siguiendo la responsabilidad histórica ante la verdad, solamente la verdad, he decidido partir de unas experiencias para analizar el fenómeno del radicalismo, ya que se habla del tema o sus efectos, sin focalizarse en las causas.

Más allá de la visión reduccionista de la sociedad contemporánea acerca del filósofo (sujeto apartado de la realidad social y reflexionando sobre cosas abstractas), siendo las bases de mi formación intelectual la filosofía, y siguiendo este carácter crítico o mi responsabilidad de afirmar la verdad como pensador libre, considero que mi misión es de analizar a mi sociedad y ver cómo podemos diagnosticar los problemas que nos atañen. De ahí sin importarme los intereses personas ni las repercusiones sobre mis posiciones - no busco satisfacer ni degradar a ningún grupo, sino afirmar la verdad-, todas mis posiciones intelectuales tienen como fines la mejora de la sociedad: construir una comunidad más humana. No escribo para denunciar; no escribo para delatar; no escribo para vengarme; no escribo para crear enemigos; no escribo esperando recompensas, porque como humanista, ‘cristiano’ (seguidor del Jesús virtuoso, no de dogmas) y encarnando valores tradicionales africanos, o sea, una identidad sincrética moralmente, no guardo rencor ni pretendo vengarme. Al igual que Jesús, crucificado, que gritaba: ¡Padre, perdónalos!, también, proclamo la misma afirmación, sin dejar de reclamar mi libertad de pensamiento. Aun así, creo que debo escribir para enseñar y ayudar a mejorar

aquellas cosas de nuestra sociedad que generan la discordia, la cultura de la mentira y la utilización de las ideologías para la división y como medio de subsistencia desde algunos sectores.

Aunque prefiero el término “pensador” antes que “autoridad”, “experto”, “intelectual” (actualmente vaciados de su sentido como sucede con todas las referencias en la sociedad líquida que denunciaba Zygmunt Bauman), estoy convencido de que el intelectual tiene la responsabilidad de afirmar la verdad. En este sentido, ya Dwight MacDonal (*La responsabilidad de los intelectuales*, 1945) criticaba la noción de ‘intelectual’ a la luz de los eventos de la Guerra Mundial, donde un colectivo formado por sujetos apartados de la realidad social tendía a culpabilizar al colectivo por los errores de los políticos. Si en Platón (*La República*), los filósofos eran vistos como los mejores gobernantes, no en sí por el hecho de que se dedicaron a la especulación, sino por haber separado el mito y el logos, siendo sujetos que hallaban la verdad aplicando métodos críticos, en la actualidad, ‘intelectual’ es sinónimo de privilegios, guerra de palabras, retóricas decoradas con engaños e ideologías, una dictadura mediática, propaganda, proselitismo científico, alianza con el poder, etc., y la negación de contemplar los detalles, la vida cotidiana, la integridad, lo simple y la realidad de los mortales, olvidando así su responsabilidad frente al poder y los intereses económicos. De ahí han olvidado la dimensión práctica del pensamiento (sobre todo en las humanidades) y se refugian en las reflexiones abstractas o un conformismo que roza la resignación frente al dominio de la técnica (los mecanismos dominantes actuales que convencen a las masas mejor que las religiones, transformando a los actores en ideólogos antes que pensadores críticos). De manera que, en vez de mirar los problemas con la intención de diagnosticarlos, la complicidad de los intelectuales contribuye a sembrar el abuso de poder, las injusticias, unos sistemas corruptos, la utilización de las instituciones por fines personales, ideologías como armas, etc.

Ante esto, Noam Chomsky (2020) cree que, el ‘intelectual’, además de tener la obligación de ver lo que está expuesto, o sea, “tener simplemente la honradez de contarle tal como es” (2020:19); también su misión implica el afán por la veracidad, la imparcialidad, la transparencia, no ser enemigo del Estado (estructuras del poder) ni ser sus amigos, sino contar la verdad; tener el valor para destapar las falacias de los gobiernos. “Los intelectuales están en una posición ventajosa para sacar a la luz las mentiras de los Gobiernos, para analizar las acciones según sus causas y sus motivos, y sus (muchas veces) ocultas intenciones [...]. Buscar la verdad que se esconde tras el velo de la distorsión y la tergiversación, la ideología y los intereses de clase, con el que se nos tiende a presentar los hechos de la historia actual” (2020:24). En el marco del análisis que presentamos a continuación, no podemos pasar de preguntarnos si el Estado es el único responsable del fenómeno de la radicalización o también la sociedad participa en ella. Similar pregunta se planteaba MacDonal, al cuestionar la responsabilidad del pueblo japones y alemán en las atrocidades de Hiroshima y Nagasaki, y la barbarie cometida por los nazis. Para los intelectuales de la época (1930-1940), estos pueblos eran cómplices de los crímenes cometidos por sus dirigentes, lo que para MacDonal, ilustraba las limitaciones del análisis intelectual, ya que los culpables-hechos no se podían resumir a una “responsabilidad del pueblo”, sino ver aquellos complejos factores detrás de los actos.

Lo mismo indica Chomsky, -los intelectuales, sobre todo en Occidente- tienen las facilidades materiales e inmateriales para buscar la verdad de los hechos: “La

responsabilidad de los intelectuales es contar la verdad y revelar las mentiras” (2020:25). En nuestra época, convenidos por los medios y los políticos, o simplemente pensando en sus ventajas económicas, mienten sobre las comunidades (elaborando tesis sobre la inhumanidad de algunos grupos), sobre las guerras, buscando legitimar las invasiones militares como *Guerras justas* como indicaban san Agustín y santo Tomás de Aquino, niegan la destrucción ambiental y el cambio climático, denuncian el islam y financian el terrorismo por puros cálculos geopolíticos (caso de Francia en el Sahel), y utilizan los medios -*la televisión basura*- para convertir los dogmas en credos teológicos y políticos. Por todo ello, no podemos ocultar la responsabilidad de estos grupos en la radicalización de los jóvenes. Mientras siga habiendo un camuflaje (*vestir*) de los hechos y presentándolos de manera cínica, no derrotaremos los conflictos comunitarios.

El pensador tiene la responsabilidad de utilizar las ideas para transformar la sociedad, alejarse de las ideologías (generalidades y justificaciones emocionales), dado que, como decía Daniel Bell (*El fin de las ideologías*), las ideologías se han agotado (cf. Francis Fukuyama, *El final de la Historia*). Estamos en una era en la que, entre los pensadores, se producen dos categorías: los “irracionalistas e ideologizados” y los “expertos responsables” (Chomsky, 2020:57). Para Bell, el final de las ideologías supone la aparición de unos “expertos” dentro del Estado, encargados de gestionar los problemas de la población (las clases) y que denunciaban Marx y Engels en la Inglaterra industrializada. Por lo que, abandonando la reflexión crítica para centrarse en la gestión burocrática, todo se discute a la luz del estado de bienestar (justicia social en Rawls; las capacidades en Nussbaum y Sen). Pero cuando Bell habla de “final de las ideologías” en este sentido, habla de aquellas ideas que anteriormente aspiraban a transformar la manera de vivir de la sociedad (por ejemplo, la disputa entre el proletariado y la burguesía). Erradicando la reflexión crítica-humanista por las necesidades técnicas y burocráticas, elaboramos un contexto en el que ser ‘intelectual’, significa el abandono de un análisis de las ideologías por un “culto a los expertos” (2020:55), y el dominio de los tecnócratas que, vaciados de todo humanismo y esclavizados por las tiranías de las cifras, olvidan que la transformación de la sociedad o las “palancas sociales” (Bell, en Chomsky, 2020:59) es la primera misión del pensador (las instituciones). En este sentido, diríamos que el mérito de Bell consiste en haber criticado la “vacía retórica de la “nueva izquierda”” (2020:59), muy ideologizada. Aun así, en nuestra época, siguen dándose debates no cerrados entre los intelectuales, sobre todo en materia de derechos humanos y la dignidad humana: la tiranía del pensamiento único occidental o el racismo científico (Saini, 2019), obstaculiza la materialización de los derechos fundamentales para todos los seres humanos. A pesar del reconocimiento de los derechos humanos desde 1948, algunas estructuras siguen las orientaciones de los prejuicios de aquellos que las simbolizan.

En este sentido, magistrados, fiscales, abogados, fuerzas de seguridad, etc., más allá de su misión de garantizar el cumplimiento de la ley, sus prejuicios orientan la aplicación de las normas cuando se trata de personas de otras comunidades. Formateados en unos modelos académicos-profesionales donde la reflexión crítica fue enterrado, sino que, lo que prima es la memorización de las leyes para convertirse en funcionarios -esclavos de intereses-, éstos lo encuentran difícil dictaminar entre lo que es justo e injusto. Similarmente, en el ámbito económico, el debilitamiento del pensamiento y la defensa de las causas justas hace que sigamos viendo el trabajo como una mercancía, de ahí la

explotación, la pobreza, la exclusión, la irresponsabilidad en la gestión económica, las apuestas con los destinos de las sociedades de parte de los servicios financieros, etc. Diríamos, estamos en una época desgraciada, porque los hechos que Marx y Engels denunciaban en el siglo XIX, siguen produciéndose, y a veces nos llevan a plantear si no se han magnificados (vuelto más complejos todavía: mayor pobreza, migraciones, terrorismo, violencias sociales, racismo, tensiones en las periferias, políticos instrumentalizando los Tribunales, etc.). Es en este marco que hemos de analizar el fenómeno del radicalismo y auge de las violencias, porque simbolizan parte de las paradojas de nuestra época: “Pero parece bastante evidente que los problemas clásicos siguen acompañándonos; no sería descabellada afirmar, incluso, que han visto incrementada su gravedad y su magnitud. Por ejemplo, la paradoja clásica de la persistencia de la pobreza en un contexto de abundancia es ahora un problema creciente a escala internacional” (Chomsky, 2020:59). Una vez garantizada la ventaja material, el ‘intelectual’ de la era posmoderna abandona la reflexión y su misión de denunciar al poder; deja de cuestionar las ideologías dañinas, lo que anteriormente simbolizaba su manera de participar en la transformación de la sociedad, ahora se encierra en un academicismo burocratizado y pierde así su papel político: el hecho de interesarse por las cuestiones sociopolíticas para mejorar su ambiente y la vida colectiva.

De ahí podemos decir que, parte de las injusticias que sufre la población es el resultado de las compensaciones materiales que reciben los pensadores y que han motivado sus silencios, porque dejaron de denunciar la barbarie política, financiera e ideológica. Al contrario, la mercantilización del saber y la decoración de los aliados como “expertos-técnicos” al servicio del Estado, hace que los disidentes sean vistos como los “terroristas intelectuales” o los hijos pródigos. Por eso, sigue aumentando la injusticia y lo encontramos difícil para cambiar el paradigma, porque los que sufren estas acciones no tienen los medios para hacerse oír y los que deberían de hablar prefieren el silencio catedralicio. De manera que, en la actualidad, el debate no se produce entre la clase trabajadora y dueños del capital, sino una riña en torno a la voluntad popular, las democracias plenas, la instrumentalización de los tribunales y las leyes para promover agendas ideológicas, cómo resistir el totalitarismo burocrático que instaaura el cinismo como cultura administrativa, etc. Cada bando cree tener el derecho absoluto de imponer sus criterios acerca de cómo se ha de moldear la sociedad; por ejemplo, el debate sobre el derecho a utilizar las armas en Estados Unidos a pesar de las tragedias cotidianas; la contestada ley de jubilación en Francia, el gobierno legislando contra la voluntad popular, etc. En otras palabras, lidiamos con la época más contradictoria posible.

Por eso, tras una larga reflexión, sobre todo viendo que estamos en una época en la que los expertos en moralizar tienen la costumbre de sacar las palabras ajenas fuera de su contexto para justificar unas agendas o atacar a aquellos con los que no comulgan, escrudiñando cada palabra, las intenciones del autor, *qué quiere decir, etc.*, para dictar una sentencia moral, arrinconarle, diabolizarle, etc., de llegar a producirse, asumiré las consecuencias de mi honestidad intelectual, pero he optado por levantar la voz. Llevo meses debatiendo conmigo mismo acerca de sí escribir o no sobre este tema; fueron meses, noches, y muchas caminatas a través de las calles de Madrid, pensando en la relevancia del escrito. Como si fuera la lucha entre la razón y la fe que me había inundado, perturbando mi quietud, sobre todo en los momentos de silencio, la razón me decía de

alejarme de las contradicciones sociales y focalizarme en la búsqueda de la verdad. Como el clon de san Agustín, que no paraba de preguntarse sobre el paradero de Dios (que estaba oculto en su interior), algo en mi interior me decía de hablar. Intenté buscar motivos para huir como Jeremías y Jonás, y cada vez que presentaba un argumento, un hecho social me convencía de la urgencia de implicarme en el debate. Escucho, leo, veo, las mismas palabras, repitiéndose, vez tras vez: *radicalismo, yihad, crimen organizado, bandas, migrantes, los otros...* ¿Quiénes son éstos? ¿Por qué están en boca de todos?, me preguntaba constantemente, y en cada formulación, algo me decía que, siguiendo los parámetros sociopolíticos de mi sociedad, yo mismo podría caer en una de estas categorías en cualquier momento. Entonces, empecé a tomar la reflexión sobre el asunto de una mera más seria. ¿Por qué se han radicalizado los jóvenes, en particular, aquellos que habitan los barrios marginados y los hijos de migrantes en las ciudades europeas? ¿Cómo explicamos el odio y el radicalismo de los jóvenes que han nacido en estos países? ¿Qué ha fallado? ¿Quiénes son los responsables?, etc.

Con cada pregunta, me daba cuenta de que, por mi condición de migrante (negro, otro), y a pesar de haber vivido en España durante quince años y habiendo cursado una formación universitaria en diferentes centros a lo largo de estos años, tanto ellos como yo, compartimos muchas realidades en común. Más de una década de formación universitaria y el esfuerzo por integrarme en este país, no me ofrece la posibilidad de considerarme como uno más: constantemente, me tengo que justificar, y cansa. Analizando los discursos de los jóvenes en estos barrios, su sociología, sus sentimientos, motivaciones por los cuales cometen los delitos, etc., descubrí realidades que la sociedad se ha negado a ver, o sabe, y ha optado por la indiferencia. Si alguien como yo, con toda mi trayectoria y valores (contra la violencia), es capaz de ‘identificarse’ con estos jóvenes marginalizados, entonces, deberíamos de plantearnos muchas preguntas: ¿dónde está el fallo?, ¿por qué no funciona el modelo de integración?, etc. Desgraciadamente, no lo planteamos en estos términos, sino que nos dejamos llevar por el reduccionismo y consideramos a estos jóvenes como simples radicales o que se han negado a integrarse. ¡Falacia! No se pueden reducir problemas muy complejos a meras terminologías o ideologías. La negación de entender al otro y de diabolizar sistemáticamente, pensando que todos los desafíos sociales se arreglan mediante la violencia estatal (tribunales, policía, etc.), se han convertido en los pecados occidentales y el veneno que terminará con su vida lentamente. Ya de entrada, los maestros de la *pseudomoral* me acusarán: “¡Se ha radicalizado!” Llevo promoviendo el debate y alertando sobre cuestiones esenciales, qué recibo a cambio: la cosificación y nunca las ideas (un debate contradictorio). Aun así, seguiré planteando el debate porque es esencial para tener una convivencia armoniosa.

Dicho lo anterior, ni siquiera estos desafíos me han motivado a escribir sobre este problema. Habiendo analizando la dinámica social de la sociedad líquida e indiferente, marcada por la cultura de la decadencia y la mediocridad como religión popular; los medios de comunicación y los intereses ideológicos jugando con la inteligencia popular, las leyes siendo elaboradas para satisfacer unas emociones variantes (para sembrar la guerra de los sexos), dejándome convencer por Noam Chomsky, acerca de la nocividad de la propaganda mediática, opté por distanciarme de los medios de comunicación clásicos y las instituciones: no las odio ni me interesan, simplemente trato de llevar mi vida lejos de ellas, porque su moral choca con lo que considero aceptable. Y como

filósofo, teniendo la obligación de decir la ‘verdad’, por encima de mis intereses particulares, creo que lo más coherente es distanciarse para observar cómo se autodestruye la sociedad. Lo único que puedo hacer es alertar desde la distancia; indicar los peligros que nos amenazan colectivamente, y ante la indiferencia, vivir como Robinson Crusoe. ¡El consumismo arrinconó la reflexión crítica!

Decía que, por haberme distanciado de los medios, me desconecté de la realidad política española; opté por la autocensura, es decir, no participar en ciertos debates guiados por la emotividad y la polarización: el debate infantil sociopolítico y la manifestación de un egoísmo crónico de una banda de políticos me cansó. Viendo la relevancia de las cuestiones que se debatían en las últimas elecciones presidenciales (julio 2023), me animaron a seguir el debate televisivo entre los candidatos. Contra mi voluntad, acepté la propuesta y vi el debate que había organizado la televisión española¹, y al que el candidato del Partido Popular se había negado a asistir. Además de ser un debate mediocre, sin contenidos fundamentales para sacar a este país de la bipolarización, no escuché políticas económicas coherentes, y un hecho esencial para la convivencia me llamó la atención, y desde entonces, he estado reflexionando sobre el episodio: Se dio que, durante el curso del debate, la candidata-vicepresidenta Yolanda Díaz pidió al presidente de VOX, Santiago Abascal, de pedir perdón al colectivo migrante por haber difundido unas noticias que eran falsas. A pesar de la insistencia de la señora Díaz, éste se negó a pedir perdón. Más allá del hecho de que mintió, y su propuesta política consiste en la división, descubrí el verdadero perfil del sujeto y el programa político que tiene para España: la mediocridad. En esta sociedad se permite la mentira como instrumento político y no ha generado ninguna indignación. Ya no entro a valorar sus propuestas que son de otra edad, y que no harán más que destruir la imagen de España, que ya en sí está siendo manchada. ¿Cuántos son conscientes de que sus egoísmos e ignorancia debilita la reputación española? Me niego a ser pesimista como Ortega, que veía a España como el problema y Europa como la solución, pero debo afirmar mi preocupación, sobre todo por el auge de una izquierda fanática que ha confiscado las leyes al servicio del género: no buscan la reconciliación entre el hombre y la mujer, ni fortalecer las estructuras familiares, sino desmantelar la armonía mediante la destrucción mutua vía el sistema judicial.

La España que conocía en 2008, cuando pisé la tierra de Cervantes, por primera vez, ya no es la misma: No ha madurado, sino que camina hacia la decadencia e intolerancia. En vez de abrirse al mundo y explotar las ventajas geográficas, geoestratégicas, etc., que tiene, se encierra en su cueva. Los tres problemas de este país se llaman: políticos, empresarios y medios de comunicación. Los primeros mienten constantemente, los segundos explotan y no son competitivos (tienen miedo a la inteligencia), y los terceros, viven de la división y generando el miedo entre las comunidades. Si sumamos a estos problemas, una academia que huye de la crítica y abraza el conformismo burocrático, cotidianamente cavando fosas comunes para enterrar a las minorías que no quieren en sus espacios, que alguien me diga, ¿cómo vamos a salir de la paranoia colectiva?! Ya el problema no es ‘España’ como decía el filósofo, sino el migrante (el otro): delinque, roba los trabajos, las mujeres, etc. ¿Quién de los que acusan tiene las manos limpias? Los crímenes que tanto ven en hogares ajenos ocultan detrás de sus puertas. De ahí a pesar

¹ RTVE, “Elecciones 23J: Debate a Tres con los Candidatos del PSOE, VOX y SUMAR”, 19 de julio de 2023. <https://www.youtube.com/watch?v=5K6Zco6SYuY>

del ‘avance’ económico que genera un modelo económico insostenible, en términos psico-sociológicos, y en comparación con los países europeos, sigue muy por detrás. No lo digo yo, un ‘pobre’ negro venido de fuera, ya lo decía Ortega y Gasset en su día. Por desgracia, en este país no se acepta la crítica; *Everything is perfect!* Y, lejos de ser la verdad, lo peor que puede hacer un país es estar mintiéndose constantemente. En este país no faltan sujetos honestos y valerosos, simplemente el folclore coloniza la psicología colectiva en una era que pide nuevos paradigmas. Por eso, analizando la cuestión del radicalismo en Europa, me centro en el contexto español como punto de partida. Los factores que presento a continuación son comunes en todos los países europeos, pero la particularidad de este país reside en el hecho de que, en vez de afrontar los problemas, hacemos como si no existieran. ¡Los otros son los eternos culpables! ¡Aquí se niega lo que es evidente! Por eso, cansado del negacionismo y las falacias institucionales, analizo desde la distancia cómo están construyendo los mecanismos de autodestrucción y una violencia silenciosa. ¡El radical nace de las incoherencias colectivas!

Para dar a entender cómo la sociedad misma siembra el radicalismo en los barrios periféricos o llevan a algunos de sus conciudadanos a abrazar el odio hacia Occidente, parto de unos hechos cínicos que yo mismo había vivido en un país que se venta de ser garante de los derechos humanos, y desde entonces, constantemente, me pregunto, cuál sería mi destino si no contara con una solidez intelectual y una reputación-moral intachable para derrumbar las falacias (no tengo la pretensión de encarnar la virtud absoluta). Además, como se tiende a indicar coloquialmente, *no hay mal que por bien no venga*; algunos episodios desafortunados sirven para enseñarnos y hacernos más sabios (descubrir lo que estaba ocultado); no supone una ocasión para hablar ante la indignación, sino observar el silencio, porque resume todo nuestro sentir. En casos así, la mejor respuesta es el silencio, debido a que es la única manera de hacernos entender por los verdugos y aquellos que instrumentalizan su poder, estatus, privilegio..., para destruir a sus “enemigos” imaginarios. Esta fue la actitud de muchos judíos tras el horror nazi, a pesar de que tenían muchos reproches y reclamaciones, prefirieron el silencio: Mirar a sus maltratadores con rostros detenidos. Igualmente, el silencio me ha llevado a recorrer las imágenes de violencia, escuchar nuevamente los prejuicios de hombres uniformados, abogados, fiscales..., para quienes, el rostro que veían delante de ellos era de un criminal, por el simple hecho de ser diferente. Pero no fue un silencio causado por la derrota, sino una vía de introspección: no me planteaba el porqué de los hechos, sino repetir las palabras de María: *Fiat voluntas tua*, porque el mal que vivía no era mi voluntad, pero una que me habían impuesto, y en vez de huir, opté por enfrentarlo dignamente.

El cordero pascual sabía que debía de morir para introducir la transformación en la historia de la humanidad, de ahí no se puso a formular preguntas sobre su elección, más bien se entregó a cumplir la tarea. Similarmente, desde que decidí que iba a hablar por África, por los marginados, denunciar las injusticias, la corrupción, el cinismo, etc., sabía que me metía en una trayectoria espinosa y que las puñaladas podrían venir en cualquier momento con tal de silenciarme o quitarme la vida. Por eso, ateniéndome solamente a mi conciencia y la verdad, me entregué a la causa sin importarme las consecuencias, no porque me considero un héroe, sino por mi medio a ser juzgado por la historia: miedo a un futuro que me dirá: ¿Qué hiciste en su momento? El mal sigue reinando en nuestro mundo, no porque los que lo cometen son poderosos, sino por el silencio y la indiferencia

de los que deberían de denunciar sus acciones. Como indiqué al inicio, he perdonado, pero no es una excusa para guardar el silencio sobre los hechos. Pensaron que me iba a callar, se equivocaron. Los tiempos han cambiado y debemos de obligar a las personas a ser responsables en la ejecución de sus actividades, respetando la dignidad de las personas. Pensaron que sus crímenes se ocultarían en los despachos y los cuartos, no, el mal debe exponerse; lo hemos de juzgar severamente y corregirlo para el bien de todos. Simplemente, lo triste del asunto es que, en una época en la que domina la falacia, la voluntad popular siendo instrumentalizada para las riñas personales y comunitarias, aquellos mecanismos que deberían de garantizar el equilibrio interhumano se han transformado en medios al servicio de los caprichosos: los caprichos de una bailarina terminaron con la vida de Juan el Bautista, su cabeza servida en una bandeja. ¿Hasta cuándo?, ¿acaso los caprichos no tienen límites?, ¿o quieren seguir asesinando a los primogénitos en nombre de una fabricada igualdad? ¡¿Solicitan la mentira como trofeo?!

Viviendo en la era del placer instantáneo, la gratificación tóxica y narcisista, uno de los medios para alcanzar el *placer mediatizado* consiste en la destrucción de la vida ajena, sea mediante la violencia o la degradación de su reputación. ¿A esto llamamos civilización? Mediante mis experiencias, pude descubrir la naturaleza cínica del sistema policiaco y judicial, y si anterior a estos episodios, yo profesaba un respeto por estas instituciones, ahora han perdido mi estima y no hay manera de recuperar mi respeto por ellos, porque desde la distancia, observamos una supuesta honradez y la seriedad, pero una vez dentro, topamos con la *porquería* que llamamos sistema. Dicen estar aquí al servicio de la comunidad, pero visto lo visto, diría que se trata de un club al servicio de unos intereses: ante todo, económico, premiando a los mentirosos gratuitamente. Incluso, me ha llevado a preguntarme sobre el valor del *Derecho* y si la formación jurídica no debería de incorporar la ética y la lógica, obligando a los jueces y fiscales a practicar la cárcel como parte de su formación para que sean conscientes del peso de sus decisiones y las repercusiones de sus prejuicios sobre las vidas ajenas. Porque es muy fácil de dictar sentencias -destruir vidas inocentes, sobre todo si no están basadas en nada más que la mentira y ganas de humillar- e irse con la propia familia durante la tarde sin el mínimo remordimiento ni que los ofendidos puedan perseguir a los jueces implicados en estos hechos. Me pueden acusar de ofensa contra la magistratura, pero no hay nada que pueda cambiar mi percepción (muy mala, malísima) del mecanismo jurídico. ¡Han perdido mi respeto! Peor todavía, si los que deberían de garantizar los derechos fundamentales de las personas, realizando sus trabajos siendo imparciales y respetuosos, porque por eso juraron como abogados, proyectan sus prejuicios sobre las personas, sabiendo que tienen la presunción de inocencia, entonces me pregunto, ¿qué bien podemos esperar de un mecanismo que persigue el enriquecimiento de los actores antes que la verdad?

Para evitar la guerra de unos contra otros, Hobbes ideaba el Estado, y entre sus ramas, figura el sistema judicial para evitar las venganzas o la tiranía. De ahí cuando surgen conflictos, los ciudadanos confían su gestión a los magistrados, confiando en que se hará justicia. De la misma manera que el dinero terminó prostituyendo a los medios de comunicación y otros sectores, las ideologías e intereses han desvestido y deshonrado al sistema judicial, y los actores deberían de mirarse al espejo y preguntarse, por qué ya nadie les respeta ni temen a la Justicia: ¿Cómo la Justicia puede ser injusta y esperar recibir reverencias? Por eso, si hacemos caso a las palabras del Pontífice Francisco,

diríamos que el sistema judicial actual no busca la verdad ni restaurar la dignidad, sino que se ha transformado en un instrumento político y arma de destrucción: digo, patético.

“En el Evangelio tenemos la parábola de la viuda y el juez inicuo (cf. Lc 18,1-8). Él no cree en Dios, se ocupa solo de sus asuntos, no le importa la gente. El juez que no es honesto se convierte a veces en omnipotente, con su deshonestidad. Pienso, por ejemplo, en los juicios realizados en este periodo para derrocar gobiernos, como sucede en mi tierra. Comienzan con las *fake news*: los medios de comunicación hablan mal de una persona, la destruyen. Después, destruido, un guiñapo ya, el acusado acaba ante un juez. El juez puede responder a determinados intereses, y no a la ley. Y tal vez, sobre el mismo caso, podemos tener diez, quince sentencias distintas, porque cada juez se considera con derecho a juzgar según su propia idea de lo que es mejor, sin referencias objetivas. Y esto es injusto. Es una especie de interpretación personal, y así no hay justicia objetiva, sino un “positivismo situacional” que es totalmente subjetivo. Esto se ve hoy en muchos países, para destruir a líderes políticos, para derrocar autoridades, para promover golpes de Estado. es una injusticia de hoy, esta relatividad de la justicia” (Papa Francisco, 2021:23) (cf. sobre la violencia; Papa Francisco, 2017).²

En definitiva, lidiamos con unos mecanismos moldeados por la corrupción; ya no nos focalizamos en la ejecución del deber éticamente, sino negociar monetariamente quién es culpable y quién es inocente: el pobre es condenado de entrada, sobre todo si no logra los medios para costearse los servicios jurídicos. Los textos legislativos no son más que muebles decorativos y pretextos, porque desde el momento en el que se lanzan las acusaciones contra sujetos inocentes, existen mayores probabilidades de que sus reputaciones serán dañadas, sentenciados injustamente, y si tienen la suerte de ser absueltos, dejan marchar a los acusadores triunfantes y nadie se preocupa en limpiar-restaurar su dignidad. La dama que anteriormente encarnaba la justicia, tanto que utilizó la balanza como su identidad (equidad), ahora se ha transformado en la concubina del interés. De ahí corrompiéndose la Justicia, se pisotea la dignidad humana: “La corrupción es un mal más grande que el pecado. Más que perdonado, este mal debe ser curado. La corrupción se ha convertido en algo natural, hasta el punto de llegar a constituir un estado personal y social relacionado con la costumbre, una práctica habitual en las transacciones comerciales y financieras, en los contratos públicos, en toda negociación que implique agentes del Estado. [...] Sin embargo, el Señor no se cansa de llamar a la puerta de los corruptos. La corrupción nada puede contra la esperanza” (Francisco, 2014)³.

Por eso, aparte de las contradicciones políticas y económicas que siembran las tensiones en nuestras comunidades, tendemos a ignorar la lacra que representa la injusticia del sistema judicial en la creación de conflictos sociopolíticos, sobre todo en nuestra edad donde las guerras de intereses emocionales, económicos, políticos, religiosos, etc., inducen a las personas a utilizar los medios judiciales como mecanismos para silenciar, inquisitorias, etc. Posicionarse en contra de un Estado, multinacional, ideología, etc., puede llevarte a lidiar con jueces y magistrados, quienes, con frecuencia, olvidan la diferencia entre el Derecho y la Moral. En vez de redactar sentencias sobre los hechos, se

² Papa Francisco, (2017). «La no violencia: un estilo de política para la paz», Mensaje 50 Jornada Mundial de la Paz, Vaticano, 1 de enero. https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20161208_messaggio-l-giornata-mondiale-pace-2017.html

³ Papa Francisco. (2014). *Discurso a una delegación de la Asociación Internacional de Derecho Penal*, Vaticano, 23 de octubre. https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/october/documents/papa-francesco_20141023_associazione-internazionale-diritto-penale.html

focalizan en la moral (juicio moral, su visión limitada de los hechos o distorsionada), de ahí la prostitución jurídica de nuestra época y las resoluciones judiciales controvertidas: “Estando, así las cosas, el sistema penal va más allá de su función propiamente sancionatoria y se sitúa en el terreno de las libertades y de los derechos de las personas, sobre todo de las más vulnerables, en nombre de una finalidad preventiva cuya eficacia, hasta ahora, no se ha podido verificar, ni siquiera para las penas más graves, como la pena de muerte. Existe el riesgo de no conservar ni siquiera la proporcionalidad de las penas, que históricamente refleja la escala de valores amparados por el Estado. Se ha debilitado la concepción del derecho penal como *última ratio*, como último recurso a la sanción, limitado a los hechos más graves contra los intereses individuales y colectivos más dignos de protección. [...] En este contexto, la misión de los juristas no puede ser otra que la de limitar y contener tales tendencias. Es una tarea difícil, en tiempos en las que muchos jueces y agentes del sistema penal deben desempeñar su cargo bajo la presión de los medios de comunicación de masas, de algunos políticos sin escrúpulos y de los impulsos de venganza que crecen en la sociedad” (Francisco, 2021:34-35) (cf. Francisco, 2014/2019).⁴ Contesto la capacidad del sistema de construir la paz, es incapaz porque no actúa en función del Derecho, sino las agendas que logran convencer retóricamente. Así, se logra transformar la mentira en verdad y la verdad en mentira, sobre todo si no favorece algunos intereses o ideologías, de ahí presentamos un simulacro del Estado de derecho y despertamos el darwinismo social o las ganas de hacernos justicia por nuestra cuenta.

2.0. EXPERIENCIAS: UN SISTEMA JUDICIAL INSTRUMENTALIZADO POR LAS IDEOLOGÍAS Y LAS GANAS DE VENGANZA

Confieso, no mis pecados, sino los hechos que me han traumatizado-humanizado. Mediante el sufrimiento descubrí el carácter que dormía en mí; descubrí que el mal se vence haciendo el bien; descubrí que, perdonando, liberamos a los que nos acusan. Me ha costado narrarlo, pero quizás, desvelándolo, podré vivir sin volver a pensar en ello. Durante el mes de junio de 2021, sufría una agresión y terminé en el hospital para curar la herida. Tras recibir el tratamiento del médico, pedí un informe medical para presentar una denuncia ante la Guardia Civil de Collado Villalba (Madrid). Habiendo realizado este trámite, se agendó un juicio rápido para el día siguiente. Allí en el tribunal, sentado, meditativo, no ya pensando en el dolor que sufría, sino las consecuencias que podría sufrir la persona que me había agredido, sus condiciones sociolaborales, emocionales, etc., tomé la iniciativa de hablar con su abogada y retiré la denuncia antes del inicio del juicio. Agradecido por la abogada por mi gesto, me marché de allí. En esa época preparaba la tesis doctoral y todas mis energías se centraban en la investigación. Recibí diferentes clases de propuestas para socializar, entablar relaciones emocionales, salir de fiestas, etc., pero me negué a seguir las invitaciones, siguiendo un ritmo disciplinado (trabajar, biblioteca y casa), y así vivía hasta el trágico día 15 de diciembre de 2021, alrededor de

⁴ Papa Francisco. (2014). *Discurso a los Miembros del Consejo Superior de la Magistratura Italiana*. Vaticano, 17 de junio. https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/june/documents/papa-francesco_20140617_consiglio-superiore-magistratura.html ; (2019), *Audiencia del Papa Francisco a los participantes en el Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Derecho Penal*, Vaticano, 15 de noviembre. https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/november/documents/papa-francesco_20191115_diritto-penale.html ; *Zenit*, “El maravilloso discurso del Papa sobre la justicia ante abogados de Italia”, 08/04/2022: <https://es.zenit.org/2022/04/08/el-maravilloso-discurso-del-papa-sobre-la-justicia-ante-abogados-de-italia/>

las 21:00, cuando la misma persona se me acercaba nuevamente, esta vez, más violenta y decidida a hacerme daño. ¿Por qué? Hasta el día de hoy no logro entender sus intenciones.

No conociendo sus intenciones y tratando de evitar una falsa denuncia, decidí llamar a los servicios de emergencia, solicitando la presencia de las fuerzas de seguridad. Mientras hablaba por teléfono -incluso la persona que me atendía podía escuchar la agresión física y verbal- continuaron las agresiones, y tras finalizar la llamada, se fue corriendo. Pocos minutos después, se acercó al domicilio una patrulla de la policía local de Collado Villalba. Explicué lo que había sucedido y me pidieron de llamar nuevamente si la persona se me acercaba o me agredía. Les hice caso, y una vez que se marcharon, terminé mis actividades antes de ir a la cama. Mientras dormía, alrededor de las 03:00 de la madrugada, sonó el timbre de la casa, y me levanté. Justo al abrir la puerta, me topé con dos agentes de la Guardia Civil, según ellos, alguien me había denunciado por agresión y que les debía de seguir al cuartel. No entendía nada, traté de explicar lo que había pasado unas horas antes y mostrando las pruebas de la agresión, pero no me escucharon. Negro, denunciado, automáticamente eres culpable, de ahí tuve que ir con ellos. Lo triste del asunto fue que, de la nada, me transformaron en un criminal. El día siguiente, alrededor de las 12:00, se celebró un juicio rápido y pude desmontar ante el juez todas las falacias que vertían contra mi persona. Salí de allí libre.

Fue un episodio inesperado, doloroso, y por primera vez, sentía el significado de ser negro en una sociedad racista; lidiando con agentes maleducados, una deontología dudosa. Las miradas de los agentes, de los abogados, etc., fijas sobre mí, dudando de mi versión y tratando de utilizar la manipulación psicológica para obtener una confesión de un crimen no cometido. En ese momento, todo me parecía asqueroso. Se me cruzaron por la cabeza muchas ideas, el odio, la rabia, las ganas de venganza, etc. ¡Todo! Pero me prometí a mí mismo no caer en la trampa del resentimiento ni el juicio de aquellos que me juzgaban sin conocer mi versión de la historia. Me preguntaba, después de muchos años residiendo en España, compaginando trabajo y estudio, muy disciplinado, ni siquiera tengo tiempo para las fiestas, ¿cómo y por qué?, toda mi vida gira en torno al estudio, repentinamente, a base de falacias, me proyectaban como una persona peligrosa. Yo, fui el agredido, llamé a los servicios competentes solicitado su intervención y de la nada, me veía como el agresor. A pesar de no haber presentado ninguna prueba, solamente la mera palabra, insistía en que yo la había agredido. De ahí su abogado -racista, mal educado, quien, para hablar conmigo, pensó que la manera de hacerlo era provocándome, en lo que contesté que no hablo con racistas- decidió llevar el caso al tribunal Penal de Madrid. Durante el primer juicio, sin haber presentado ninguna prueba, ni ellos teniendo nada contra mí, dictó el juez que yo debía de abonar una compensación económica y un trabajo comunitario. ¡Al diablo con su laudo, nunca! Me negué a aceptar la decisión, categóricamente, no. Aparte de informar al Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas sobre las incoherencias del sistema judicial español, presenté un recurso ante el Tribunal Provincial de Madrid, y dictaron a mi favor, obligando al tribunal la celebración de otra vista pública.

Mientras esperaba que me comuniquen la fecha del nuevo juicio, trabajando un día en un rodaje en Colmenar Viejo, a punto de entrar en plató, se me acercó uno de los coordinadores pidiéndome de seguirle. Salimos, y entonces vi a dos agentes de la Guardia Civil. Nuevamente, no entendía nada, sobre todo si era mi segundo día trabajando allí. Según ellos, una persona había llamado diciendo que yo no debía de estar allí porque

existía un orden de alejamiento. Cómo es posible, si no he visto a la persona de la que me hablan, y, además, anteriormente, trabajé hasta las 02:00 de la madrugada sin ningún problema. Intenté razonar con ellos para entender lo que estaba pasando, porque, a decir verdad, no entendía nada. No hubo manera, y uno de ellos me comunicó que yo estaba en busca y captura y que me debían de presentar ante un juez. *What the hell is going on?* ¿Yo, en busca y captura? ¿Por qué motivo? Estoy trabajando, estoy en la universidad, preparando mi tesis doctoral, y llevaba dos años sin salir de España, y sabéis donde vivo, no estoy implicado en ninguna actividad ilícita, ¿qué delito habré cometido para convertirme en fugitivo? Cero respuestas. Brutamente, me quería detener, me negué a seguirles si no me comunicaban los delitos que había cometido.

Mientras que uno de ellos trató de dialogar conmigo, con un lenguaje que ilustraba una bajeza cultural, el otro se puso, *¡hijo p...!*, como si yo tuviera algo que ver con su fracaso y ser un negro educado se había convertido en un delito. Repentinamente, me dijo: “¡No me importa quién eres!” Pregunto, ¿a qué viene esta afirmación? Entonces, pensé en las palabras de Miguel de Unamuno, el mal de este país es la envidia, creen que los demás son responsables de sus desgracias y un extranjero debe de morir en el escalón más bajo. Finalmente, acepté ir con ellos al cuartel. El que se comportaba maleducadamente trató de hablarme, le cerré las puertas: ni una palabra. Frustrado por mi silencio e indiferencia, escribió en un documento público-administrativo, mintiendo, que yo le había agredido. Un señor uniformado, con pistola y en compañía de su compañero, ¿cómo le puedo agredir estando yo indefenso? Señores, cuando una mentira no tiene un hilo lógico, se derrumba fácilmente, y así lo hice saber a la jueza el día siguiente. Ella trataba de presionarme para que yo dijera que había agredido al agente, respondí: ¿Si yo fuera blanco, me tratarían de una manera maleducada? Se produjo un silencio. Porque sabían muy bien que, dejándome hablar iban a escuchar cosas que no les iba a agradar.

Nuevamente, salí de allí absuelto, pero lo que no sabía era que me esperaban dos juicios más en Madrid: la reanudación del primer juicio oral tras la resolución del Tribunal Provincial de Madrid, por una supuesta agresión a un agente y violación de un orden de alejamiento (en mi lugar de trabajo, estoy violando un orden de alejamiento y cómo se sentencia a alguien por malos tratos cuando no existe ninguna vinculación sentimental; por respeto al sexo femenino y por pudor, me reservo de decir muchas cosas, pero la hipocresía de nuestra sociedad es indescriptible. Los más *sucios* son los que intentan ensuciar a inocentes siempre). Mi cuerpo nunca será un objeto para satisfacer las fantasías de nadie; nunca. Durante la trata de esclavos, las mujeres blancas utilizaban a sus esclavos para sus deseos sexuales, de ahí parte de los mitos que fueron contruidos sobre la sexualidad del hombre negro. Yo, jamás de los jamases permitiré ser instrumentalizado sexualmente ni ir en contra de mis valores. Si por negar las propuestas indecentes soy un maltratador (de una pareja que no tengo), bienvenidas sean las críticas, pero nunca me doblegaré. De tanto *auto-mentirnos*, hemos llegado al extremo de tener el miedo de afirmar nuestras convicciones, por medio a qué dirán. Eso no sucede conmigo. Desde entonces, periódicamente, me etiquetan en publicaciones obscenas en las redes sociales, pensando que así caeré en la trampa, para que luego sea un medio de chantaje; recibo llamadas de números desconocidos, algunos fingiendo ser mujeres tratando de seducirme, etc. Observo, y me muero de carcajadas de lo absurdos que son los humanos: creen que

todos son iguales, y que no existen excepciones. Por eso, entre las medidas radicales que adopté, está en no contestar las llamadas de contactos desconocidos.

En la era de la posverdad, cuando alguien no nos gusta o pensamos que sus ideas no nos favorecen, en vez de ofrecer argumentos alternativos, tratamos de utilizar la bajeza y métodos poco católicos para destruirle. Pues, yo no soy Dominique Strauss-Kahn, que se dejó esclavizar por sus impulsos, me he *autodisciplinado*. ¡Que sigan enviando sus trampas, fracasarán, y cuando estén cansados de intentarlo, me dejarán en paz! En plena época navideña (año 2022), unos meses después de haber defendido la tesis doctoral, tuve que ir a los tribunales nuevamente para defenderme contra las acusaciones. Durante el primer juicio, mi abogada citó a los dos agentes a comparecer, ya que uno de ellos había mentido. Los hombres uniformados no pueden ser inmunes, debemos de obligarlos a ser coherentes y llevar a cabo su labor profesionalmente; no se puede utilizar el uniforme para vivir el narcisismo o proyectar aires de superioridad, vejando y faltando el respeto a las personas. Si mienten, han de lidiar con el peso de la ley. La autoridad tiene la obligación de actuar ejemplarmente. En pocos minutos, todas las mentiras desaparecieron y pude desmontar cada una de ellas; la otra parte, sin darse cuenta, desvelaba sus contradicciones, y así salí absuelto. A pesar de haber ganado la batalla contra el mal, la experiencia me ha dejado pensado en los casos de aquellos jóvenes vulnerables, que no saben hablar eficazmente el español para defenderse, saber qué están firmando, etc., y sentenciados por las mentiras de las fuerzas de seguridad. ¡Es una tragedia! Salí libre porque fui inocente y tuve los mecanismos intelectuales para defenderme.

¿Cuántos están siendo castigados por las mentiras de unos agentes amorales? ¿A qué esperan para introducir reformas, cámaras durante las patrullas para evitar episodios de violación de derechos humanos y abuso de poder? En el último juicio, la fiscalía me proponía negociar, rechacé su propuesta: aquí no se negocia nada, habéis mentido y tratando de destruir mi reputación, ahora os toca presentar las pruebas en el Tribunal. Como no tenían nada sólido contra mí, sino tratando de utilizar el juego psicológico y juzgando mi reputación, entendí la dinámica rápidamente. En cinco minutos, dependiendo de sus prejuicios, no de los hechos, te pueden convertir en culpable o inocente. Lo que llaman juicio, para mí es puro teatro. Quizás, es porque soy muy crítico, pero los actores implicados son muy malos, miserablemente malos: presenciar uno de estos eventos es lo mismo que estar escuchando a los romanos compitiendo retóricamente. No desvelé toda mi estrategia de defensa, yo tenía todo atado, incluso pensaba humillar a algunos, pero algo me dijo de calmarme, y porque ya no confiaba más en nadie. Cuando me tocó hablar, salí por donde no me esperaban, haciéndoles ver lo ridículo del mecanismo y cómo se podía manipular el sistema judicial: cómo unos sujetos que se dicen formados para dictar la justicia no pueden diferenciar la verdad de la mentira, se conforman con las meras palabras de una acusadora. ¡El derecho se ha desnudado!

El momento que alguien pretende utilizar los juzgados para vengarse, por su resentimiento, tratar de destruir vidas inocentes, automáticamente ha de ser condenado. ¿Quién me va a compensar por los daños causados, mi reputación, mi salud mental? ¿Alguien se ha parado a pensar en lo que he vivido con las mentiras? A estas alturas, no espero ninguna respuesta, simplemente pido que nuestra sociedad sea más coherente. Dicho esto, pasé de ser el agredido al “supuesto” agresor, y gracias a mi firmeza, pude derrumbar las mentiras y lavar mi honor. Creía haber dado la espalda a todos estos

episodios, pero recientemente me informaron desde los tribunales que la misma persona había introducido un recurso porque no está conforme con las decisiones: No acepta mi victoria. Viendo que existen instituciones al servicio de la mentira, no pienso entrar en su juego. No pienso entrar a valorar su actuación (manipulada por su abogado, que no puede aceptar la derrota ni la humillación de un negro) ni desvelar mi estrategia, pero sigo con mi camino. Si en España hay un Estado de derecho y los tribunales se respetan, deberían de coger a la persona y meterla en el calabozo: Basta de mentir y utilizar a los jueces como cómplices. Ni ante el diablo pienso ceder lo mínimo de mis derechos. Advierto, no me dejaré hacer, y ante cualquier intento, tendrán las manos manchadas. ¡Lo juro! ¿Hasta dónde quieren llegar? No he cometido ningún crimen y me quieren hacer recorrer los tribunales como si yo fuera un criminal. Que vayan a buscar a su cordero, conmigo, no.

Confío en que, después de haber analizado mis experiencias, se puede entender por qué los jóvenes caen fácilmente en el radicalismo y la violencia. A pesar de todo este drama, nunca se me cruzó por la cabeza recurrir a la violencia, pero sé que existen miles de jóvenes con similares experiencias y sin la posibilidad de canalizar sus frustraciones, de ahí se refugian en el odio a las instituciones, en particular, las fuerzas de seguridad. Es lo que empuja a muchos al crimen, pero, por desgracia, en Europa se tiende a hablar mucho sobre la delincuencia, la criminalidad, el radicalismo, los grupos extremistas y terroristas sin focalizarse en estos parámetros que contribuyen a sembrar la violencia. Contra mi voluntad, he narrado mis experiencias para educar y sensibilizar sobre la urgencia de repensar algunas leyes de este país: si por querer proteger a las minorías o los vulnerables, terminaremos cometiendo injusticias o daños a otros, no estaremos dando los buenos pasos, sino creando mayores problemas. No se erradica una mentira con otra mentira. Estoy totalmente en contra de la violencia (de cualquier tipo), pero con lo que no estoy de acuerdo es el hecho de considerar que todos los hombres, negros, etc., somos violentos o machistas. ¡Es absurdo, y es un enfoque muy reduccionista! Si pensamos que vamos a resolver los conflictos en el ámbito familiar confrontando los sexos, entonces deberíamos de repensar nuestras políticas porque no están funcionando. Denuncio a aquellas personas (animadas por Asociaciones / ONG) que utilizan las leyes de violencia de género como un medio para alcanzar beneficios económicos: ¡Quiero una vivienda de protección oficial, denuncio a mi pareja como maltratador y me ofrecen todas las garantías! ¿Son los ciudadanos que queremos construir, aplicar la mentira para el beneficio egoísta? Dejemos las ideologías de lado y facilitamos políticas centradas en el hombre (la persona humana).

Tengo mil motivos para radicalizarme, pero creo que la violencia es el instrumento de los débiles. Sinceramente he perdonado, y dejo que aquellos que utilizan sus energías, tiempos y redes para destruir a personas con las que no comparten una visión del mundo o por meros intereses mundanales, sean condenados por sus conciencias y el peso de la historia. Podemos crear acciones inhumanas pensando que así lograremos destruir a los demás, pero debemos de saber que, la verdad siempre triunfa sobre la mentira, no importa la duración. Por eso, ante aquellos que financian o planifican para destruir vidas inocentes, invito a humanizarse: no hay nada que valga la pena para destruir vidas inocentes, sobre todo si es a base de mentiras. En cuanto a mí, soy esclavo de mi conciencia y sé que sus artimañas fracasarán, porque una *pseudo-condena* o acusación maliciosa nunca podrán debilitar mi determinación de enseñar sobre África y su diáspora, defender a los olvidados de la sociedad (encarno la teología de la liberación); fracasarán, porque como pensador,

tengo un compromiso moral con la sociedad, y humildemente, seguiré desafiando a las fuerzas del mal y dar voz a los invisibles de una sociedad decadente. Nos toca a todos denunciar la hipocresía y el cinismo de un sistema podrido, que dice actuar en nuestros nombres: Donde haya el mal, me distancio, porque no me representa. El fin de las instituciones es garantizar la voluntad común y no su utilización para silenciar, destruir, penalizar a nuestros oponentes y medios para la venganza. Nunca seré el amigo del poder, dado que mi libertad es más valerosa que lo efímero.

Invito a la reflexión, un diagnóstico responsable de estos problemas, una mirada crítica sobre el fenómeno y las causas, buscando con ello erradicar las injusticias que alimentan las violencias; no obstante, conociendo las dinámicas -prejuicios, arrogancia y la ‘superioridad’ occidental, el reduccionismo de los complejos fenómenos, la ausencia de transparencia, cuestiones geopolíticas, etc., - que motivan las acciones de la mayoría de los organismos centrados en la lucha contra el terror y la violencia en Europa, en vez de analizar la relevancia de mi alerta y aprender de estos errores para evitarlos, la mirada distorsionada puede llevar a algunos a considerarme un peligro para la sociedad o un aliado de sus enemigos. De ahí intentarán añadirme a la lista de los que han de vigilar o seguir, pues, quiero que sepan que, aparte de la reflexión crítica y el esfuerzo por llevar una vida virtuosa (sin ninguna pretensión), no estoy implicado en ninguna actividad anticonstitucional. Tampoco me presento como un profeta que denuncia a los poderosos (similar a Elías que denunciaba las actuaciones del rey Ajab, éste acusando al enviado de Yahvé de detestar a Israel), más bien, soy parte de los que Chomsky llama los “intelectuales disidentes”, es decir, aquellos que renuncian las ventajas materiales para situarse del lado de la verdad, de ahí no podemos comulgar con los poderosos ni tolerar las injusticias: Cueste lo que nos cueste, diremos la verdad, asumiendo las consecuencias.

Reitero, por asumir abiertamente las consecuencias de nuestras acciones, no nos sorprende el desprecio de parte de aquellos que denunciarnos ya que estamos comprometidos con la causa justa y ética: “A los profetas se los trataba con dureza, a diferencia de los que se hacía con los aduladores en la corte (aquellos que, con el tiempo, terminaban siendo acusados de ser unos falsos profetas). El patrón es comprensible. Lo extraño sería que hubiera sido de otro modo” (Chomsky, 2020:113). Huyo de cualquier pretensión profética, pero mi deber como pensador me obliga a denunciar las limitaciones de mi sociedad, que son muchas y cínicas; muchas injusticias que hemos terminado por aceptar como normales cuando deberíamos de alzar la voz y decir, ¡Basta! En este sentido, en la historia bíblica, se presentan episodios en los que, los alertadores o disidentes valientes, incluso arriesgando sus vidas, humillados, encarcelados, etc., alertaban y denunciaban las incoherencias de los mecanismos sociopolíticos y religiosos, y los poderosos se sentían atacados por éstos. De igual manera, en nuestra época, debemos de seguir denunciando las falacias de aquellas estructuras que deberían de sembrar la armonía social pero que contribuyen a crear la guerra, los conflictos, la destrucción de la familia (pilar sobre la que reposa la sociedad), el honor, la dignidad, etc.

3.0 RADICALISMO JUVENIL: FACTORES INSTITUCIONALES, CULTURALES, IDEOLÓGICOS Y SOCIOPOLÍTICOS

En los inicios de las sociedades primitivas, aunque se asentaban en pequeños grupos, los humanos vivían dispersos y luchando por unos intereses materiales que solían ser los factores detrás de los conflictos (guerras), de ahí la violencia era una realidad constante en esa época. De igual manera, en la sociedad industrial y economizada, más allá de las disputas culturales e institucionales, los intereses económicos alimentan parte de las dificultades con las que lidiamos en la actualidad. Para evitar estas paradojas, muchos pensadores pensaron que la manera más eficaz para erradicar los conflictos entre los humanos consistía en la creación del Estado o la autoridad encargada de instaurar el orden en las relaciones humanas mediante el gobierno de las leyes. De esta manera, surgieron las primeras instituciones políticas que han dado forma al Estado moderno. Eso sí, revisando la historia, sobre todo la contemporánea, podemos considerar que, lejos de alcanzar este sueño -la paz perpetua kantiana-, se ha podido observar que, en muchas comunidades, la instrumentalización del poder junto con las ideologías, es decir, las instituciones constituyen factores de conflictos en vez de fuentes de armonía y de convivencia. Por eso, a la hora de analizar la radicalización de los jóvenes, podemos considerar el papel que juegan las instituciones -la distorsión de la voluntad popular o su instrumentalización- en la magnificación de este fenómeno, sea mediante las reacciones a las violencias estatales, etc.

En este sentido, viendo las realidades demográficas e imposibilidad de agrupar a todos los sujetos en los espacios de decisión, se optó por el sistema representativo al servicio de la voluntad común. Paradójicamente, esta voluntad fue desvirtuada por unas personas / grupos que se alejan cada vez más de las aspiraciones colectivas, y algunas ramas del Estado (ejército, policía, sistema judicial, etc.) son utilizadas al servicio de unos intereses políticos, violando así la equidad y los derechos fundamentales. De esta manera, en vez de ser la institución política garante de los derechos, ella misma viola las normas mediante una aplicación parcial e implementando políticas que crean la *pseudo-integración*, o lo que podríamos llamar, la negación de facilitar la incorporación de las minorías en estos espacios. Sufriendo los efectos de estos paradigmas, sujetos en estos grupos terminan distanciándose de ellas y considerando a la violencia como su única manera de hacerse oír o medio para arrancar sus derechos legítimos y constitucionales. Una vez producido esto, en vez de pensar en soluciones alternativas o mecanismos de integración, desde las esferas políticas tienden a magnificar el problema mediante una instrumentalización ideológica o por cálculos electorales. De ahí se facilita la radicalización de los opositores en vez de las reconciliaciones. Esto me lleva a pensar que, en la mayoría de las comunidades europeas, sobre todo en aquellas localidades habitadas por las minorías (migrantes, musulmanes, subsaharianos, etc.), el modelo de integración y las políticas sociales han fracasado, ya que no han logrado captar las perspectivas y aspiraciones de estas comunidades, siendo lo que invita a los jóvenes a las actividades violentas e ilícitas. Si sumamos a estos factores el racismo sociológico y laboral (la exclusión camuflada de los que “no se parecen a nosotros” bajo pretextos cínicos, por ejemplo, la islamofobia, negrofobia, la exclusión de candidatos a puestos de trabajo por su ascendencia cultural, género, origen social, etc., en vez del acceso por mérito), nace la explosión ideológica y los pretextos para justificar la violencia como signo de resistencia contra la opresión.

Sobre esto, durante mi etapa estudiantil en Oviedo, recuerdo escuchar las experiencias de un compañero magrebí que me comentaba sus miedos: cada vez que viajaba, y en los aeropuertos le solicitaban de facilitar su pasaporte, dada su ascendía árabe, sentía miedo de ser tildado de terrorista; lo mismo pude observar en Rotterdam (Holanda), donde, a pesar de ser un país tolerante y con un modelo de integración mejor que muchos países europeos, jóvenes de origen magrebí, caboverdianos, de Surinam, etc., expresan sus frustraciones: dificultades para acceder al empleo digno, violencia policial, la violencia administrativa, la pobreza en los barrios periféricos, etc. A través de sus palabras, puede observar sentimientos de sentirse excluidos, frustraciones, ausencia de perspectivas y la categorización. Estas acciones o ideas de estos jóvenes tienden a ser motivadas por su cansancio de tener que estar constantemente justificándose ante el cuestionamiento sobre su identidad (ciudadanía, dada su fisionomía, color de piel diferente de la mayoría), o sentirse como ciudadanos de segunda categoría en una sociedad que debería de garantizar la igualdad de todos sus ciudadanos, por lo que, se consideran víctimas de la violencia social, que los empuja al extremismo. La radicalización surge mediante una proyección negativa de la sociedad sobre éstos, o abiertamente considerándolos como los males de la sociedad, y junto con la ausencia de perspectivas en barrios diabolizados como son Lavapiés (Madrid), Molenbeek (Bélgica), Marsella (Francia), (centros de venta de sustancias ilegales, la violencia, etc.). Siendo la mayoría de estos actores miembros de unas familias económicamente débiles o migrantes, y sin los medios económicos para ofrecer unos “sueños” a los residentes y vías de escape de la miseria, y también por la ausencia de modelos (referencias) en las instituciones, medios de comunicación, ámbito académico, financiero, etc., procedentes de estos grupos, los jóvenes crecen en ámbitos donde los que dictan la moral o se sitúan como referencias son los criminales o generadores de una riqueza ficticia. Los jóvenes crecen en ambientes donde el crimen organizado representa la actividad económica más relevante.

De ahí en vez de considerar a un universitario como el modelo, ven a los vendedores de la droga, los delincuentes, etc., como los “hermanos mayores”, porque también son éstos los que ilustran la riqueza mediante su estilo de vida ostentosa. Hay violencia, en parte, debido a una pobre representación de estos grupos en las esferas de decisión o la representación distorsionada en los medios de comunicación y servicios de seguridad. Los jóvenes crecen en barrios donde la presencia policial es vista como una amenaza o desafío, de manera que, entre éstos y las fuerzas de seguridad se produce una dialéctica de confrontación y de sospechas mutuamente. Tanto políticos, medios de comunicación y fuerza de seguridad recurren a los juicios de valor (racismo institucional) a la hora de lidiar con ellos en vez de pensar en paradigmas inclusivos; por ejemplo, en el contexto español, dirigiéndose a los migrantes, se utilizan términos insultantes como *sudacas*, *negros*, *ésos*, *los criminales*, *bandas latinas*, *negros traficantes de materiales falsificados*, *machistas*, etc. ¿Cómo esperamos una pacificación de las relaciones entre las instituciones y estas comunidades cuando el lenguaje utilizado es discriminatorio, deshumanizante e insultante? Peor todavía, siguiendo el modelo colonial y paternalista, desde las esferas institucionales, se tiende a hablar por éstos en vez de aprender a escuchar sus voces: hablan por los inmigrantes sin conocerlos; hablan de las realidades de estos jóvenes sin haberlos escuchados o considerar sus opiniones como irrelevantes. De ahí estos barrios se perciben como “externos” de la sociedad, viven otras realidades muy distantes de la realidad común. El lenguaje mediático contribuye de una manera directa

en la creación de estos conflictos, porque la comunicación proyecta una categorización distorsionada y en la que el “otro” es visto como el “peligroso”, la “amenaza”, etc.

“Los medios de comunicación fomentan la construcción de representaciones respecto a la concepción de la conducta, de sus protagonistas, sus causas, sus consecuencias y sus escenarios, no estereotipos que se imprimen y sedimentan en nuestra memoria, sino también tratando estratégicamente las fuentes y las estadísticas a los resultados de los estudios “científicos”. En los últimos años, por ejemplo, ha aumentado en España el rechazo hacia la inmigración, no sólo hacia la “ilegal” (Amnistía Internacional, 2008), bajo la clara influencia de la creciente percepción de amenaza e inseguridad” (Scandroglio, 2009:19).

Aparte, la pobreza y el temprano abandono escolar de estos jóvenes contribuyen de una manera significativa a fomentar su participación en los conflictos y actividades ilícitas, ya que, ante la ausencia de perspectivas, el racismo que cierra las oportunidades laborales y su vulnerabilidad, se constituyen unas presas fáciles para los reclutadores de las actividades criminales (venta de droga, terrorismo, etc.). Los grupos extremistas explotan las frustraciones de estos jóvenes, su odio hacia sus comunidades y sus ganas de sentirse útiles en medio de unas sociedades “clasistas”, y en las que la esencia del hombre no reposa en el hecho de ser humano en sí, sino en lo que posee alguien o nos puede ofrecer materialmente. De ahí muchos de estos grupos se sienten excluidos material-humanamente. Ante estas realidades, deprimidos, recluidos a la violencia o el resentimiento, buscan la salida más rápida posible. Por lo que, ante la llamada del crimen organizado y que ofrece perspectivas, sin dudar, entregan sus vidas a la causa. De esta manera, dan nacimiento al interés de estos jóvenes por las ideologías extremistas y el cuestionamiento de los valores occidentales dado que, a pesar de la predicación sobre los derechos humanos y la equidad, en la práctica social e institucional, la exclusión y el racismo dictan la vida cotidiana. Si sumamos a esto, el fenómeno de la destrucción familiar y el crecimiento de las familias monoparentales donde los jóvenes crecen en familias divididas o sin figuras paternas para orientarlos en el camino recto, también sus padres dedicando sus horas a los intereses capitalistas (como simples trabajadores), utilizan sus tiempos libres -solitarios- explorando las redes sociales y discursos violentos.

De ahí si el joven se encuentra en una situación de vulnerabilidad emocional e intelectual (incapaz de interpretar las doctrinas), cae fácilmente en manos de las redes criminales. Sobre todo, en el caso de los jóvenes musulmanes que consideran la existencia de una campaña de estigmatización contra el islam, aceptan como su deber defender su fe mediante las armas. Cabe recordar las palabras de Bush Hijo, tras los atentados terroristas de 2001, en vez de interpretar los hechos como actos terroristas, junto con algunos ideólogos en Occidente, presentaron el islam como la causa del mal. De manera que, explotando esta idea, se produjo una campaña contra el islam. Ante estos ataques, muchos musulmanes consideraron su deber defender su fe, lo que llevó a los jóvenes a unirse a los grupos extremistas. Cabe indicar que, si en Occidente se ha utilizado la narrativa antiterrorista como un elemento político, cultural y geopolítico, lo que muchos no entienden es que, esta narrativa (fundamentada en la ideología eurocéntrica y no en la investigación para entender la complejidad del fenómeno) constituye una propaganda política antes que el deseo de terminar con el fenómeno yihadista, y magnifica las distancias culturales. Porque si hacemos caso al discurso de Bush, “las fuerzas del mal”

utilizan el camino islámico, de ahí se permite la cosificación contra los musulmanes, como fue la violación de los derechos humanos en Guantánamo. Ante la indiferencia de la sociedad occidental o su negación de denunciar estas violaciones, posibilitaron el radicalismo en las comunidades musulmanas en Europa, Oriente medio y Asia central.

Por eso, no se puede entender el fenómeno sin focalizarse en la estigmatización cultural, religiosa y étnica. Peor todavía, en nombre una lucha contra el terror o garantizar la seguridad nacional, hemos creado una tendencia malévol, es decir, la violación sistemática de la privacidad (culto, conciencia, etc.), mediante la infiltración de agentes de la inteligencia en los centros islámicos, espionaje, etc. Esto no contribuye a resolver el problema; puede ayudar a eliminar las cabezas de estas organizaciones, pero no terminará con el sentimiento de odio hacia Occidente o las instituciones, ya que la violación del derecho a la intimidad puede leerse como una negación del reconocimiento de la dignidad. Desde tiempos históricos, en casi todas las sociedades, se dieron estructuras que podríamos calificar como violentas, sea mediante los sacrificios, los ritos o las prácticas socioculturales, y parte de los ritos que determinaban la edad adulta o la incorporación del sujeto a la comunidad se llevaba a cabo mediante la violencia (la guerra, luchas entre los clanes, secuestros, etc.), y desde entonces, a pesar de los esfuerzos de los hombres por humanizarse o crear comunidades más civilizadas, la violencia sigue formando parte de nuestras estructuras (emocionales, sociales, religiosas, culturales, institucionales, etc.). Por eso, se puede decir que la sociedad considera la violencia como un rito (ritual, sea de aceptación o reconocimiento por un grupo, familia, secta, sociedad secreta, etc.). La violencia forma parte de aquellos segmentos que estructuran las sociedades modernas, y planteo como hipótesis, ¿qué sería del Estado moderno sin la violencia? Inexistente. Aunque tendemos a considerar que el Estado simboliza la reunificación de las aspiraciones colectivas, creo que sin la coacción (violencia), no hablaríamos del Estado como tal. Los sujetos se someten a la fuerza pública por medio a la represión, pero no por convicción. Y cada vez que se intenta controlar esta libertad, surge el carácter anárquico del hombre en forma de radicalización, rebelión, guerra civil, protestación, etc.

En el caso de las bandas juveniles y criminales, significa un rito de paso, o la iniciación que indica que el sujeto ya pasa a formar parte del grupo, reconoce la moral del grupo y jura cumplir con el pacto de silencio o la hermandad de la banda. Entre aquellos que van a la yihad, más allá de las justificaciones religiosas e ideológicas, existe un componente sociológico y psicológico, o lo que podríamos llamar la búsqueda del Doble Premio: recibir la compensación divina (martirio, paraíso), y el reconocimiento mundanal; van a la yihad por *fierté familiar*, *orgullo familiar*, su deseo de ser vistos como héroes por la comunidad, por ejemplo, esto fue uno de los factores que motivaron la participación de los jóvenes musulmanes en la lucha contra la URSS en Afganistán, en 1979; pretendían vengarse de los infieles que consideraban como obstáculos para una buena práctica de su fe; en ocasiones, por haber recibido una *fatwa*, como el lanzado contra Salman Rushdie, etc., y los atentados en la Meca que veían la presencia de los americanos en la ciudad mahometana como la violación de los preceptos islámicos. Sin importar sus cosmovisiones y fines, casi todos los extremistas comparten la misma ideología: el odio hacia algo o alguien, o una reacción contra una fuerza que consideran opresora. En este sentido, si queremos entender las motivaciones del radicalizado, hemos de analizar su psicología, su contexto antropológico y sus vivencias (Horgan, 2006).

Visto lo anterior, ¿contribuyen los medios y actuales juegos informatizados (video juegos) en la expansión de la cultura violenta y su normalización? Sin duda, la cultura cinematográfica ha normalizado la violencia como una realidad común y al alcance de todos, de ahí más allá del debate acerca de si la agresividad es innata o no (Rousseau decía que el hombre en el estado primitivo es inofensivo, sino que la corrupción empieza en la sociedad; otros hablan del interés, la lucha de poder, etc., como lo que genera la violencia). Lo cierto es que, ante el debilitamiento de las estructuras de socialización y la transformación de la vida social en contactos vía las redes sociales (la comunicación virtual), los humanos se van distanciándose los unos de los otros y las relaciones dominantes actuales se llevan a cabo de una manera distantes y frías (sin empatía), y dejando el acceso fácil a su consumo, los jóvenes lo tienen difícil para distinguir las batallas virtuales de la realidad. De esta manera, consciente o inconscientemente, proyectan la imagen en la pantalla a la vida real. La violencia pasa así de ser imaginada o virtual a ser real (efectiva, o un ensayo para descubrir su sentido). Por eso, cabe decir que, la industria que sostiene el *Soft Power* americano es un factor relevante en la propagación de la violencia, y, de hecho, los grupos terroristas llevan a cabo sus campañas de propaganda mediante la utilización de la imagen, cuanto más horrificada, mejor todavía. La violencia pasa a ser captada e ideada mediante escenas escalofriantes y degradantes.

Para aquellos jóvenes amantes de las emociones extremas e intensas, estas escenas se convierten en elementos seductivos que facilitan su inscripción a las filas del terror. Pero esto también nos lleva a plantear una pregunta relevante, ¿si el hombre es un ser racional como decía Aristóteles, virtuoso, capaz de distinguir entre el bien y el mal, por qué abraza lo violento? Existen muchas explicaciones, pero resumiendo, diríamos que representa una vía para demostrar su “superioridad” o autoafirmarse, bravura, etc., y utiliza cualquier medio cultural para legitimar la violencia física, simbólica o estructural (Galtung, 2003). De tanto consumir la violencia, baja la sensibilidad y crece la indiferencia ante el drama del violentado, por lo que, se objetualiza a un sujeto sin sentir pena: la ausencia de empatía lleva al violento / radicalizado a considerar la violencia como un rito cotidiano, para el terrorista que degüella a sus cautivos, éstos son objetos de experimentación e instrumentos políticos: hay que matar para hacer reaccionar al otro bando, hacer que su sociedad esté en contra de sus dirigentes y despertar el miedo. Vía el terror (y dependiendo de sus grados), la violencia erradica el lado humano del hombre (sensible, empático) y se transforma en un procedimiento estratégico e instrumento político-ideológico.

3.1. JÓVENES RADICALIZADOS POR LAS INCOHERENCIAS SOCIALES

Si sumamos a los factores enlistados hasta aquí a la dinámica actual que consiste en la explotación política e ideológica de las diferencias, el problema se vuelve más complejo aún. Los desafíos contemporáneos son cada vez más complejos por ser globales, sin embargo, desde algunas esferas se tiende a partir de modelos reduccionistas para paliar los problemas. Lejos de aportar un remedio, cronifica las tensiones, y en este marco, aparte del dilema ambiental, el terrorismo y la pobreza, la migración constituye un desafío, tanto para los países de origen como para los destinos. En el caso de Europa, viendo su descenso demográfico y la competición económica a nivel global, necesita a los migrantes para dinamizar su economía, pero los dirigentes actúan como si los migrantes son los que necesitan a Europa, de manera que, son presentados como

invasores, peligrosos, etc. Esta ausencia de honestidad en el análisis de la cuestión migratoria engaña a la población y dificulta el encuentro entre los actores. Europa acoge a los migrantes (en particular, de ascendencia musulmana) con reticencia, cobarde, y a veces hipócrita, en el sentido de que, los defensores de estas tesis suelen apoyarse en la cristiandad de Europa y unos valores opuestos entre los que llegan y los nativos. Es un argumento débil, porque culturalmente, Europa es también musulmana ya que, la presencia islámica en Europa representó un plus para el desarrollo filosófico, científico, etc. Fue gracias a los musulmanes que Europa pudo reconectar con sus “raíces griegas”. Lástima, el resurgimiento del fascismo e instrumentalización de la fe en una sociedad arreligiosa distorsiona la verdad histórica. De ahí desconociendo la verdad o negándola intencionadamente, se proyectan acciones que tienden a odiar a los migrantes, los guetos, la categorización entre los buenos y los malos, los civilizados y los bárbaros, etc., y estas realidades constituyen unos pretextos para la radicalización; negándose a reconocer la humanidad del otro, se abren los caminos a la confrontación y esta dinámica contribuye a alimentar los discursos fundamentalistas y extremistas (religiosos y políticos).

El cinismo político, la xenofobia y la intolerancia, por ejemplo, el debate constantemente alimentado en Francia sobre la utilización del velo (burka) en los espacios públicos, aparte de ser cínico, no constituye un mecanismo eficaz para erradicar el radicalismo; la vestimenta no simboliza el odio hacia Occidente, sino que la radicalización empieza en el ámbito emocional antes de terminar en las acciones (la materialización de la violencia). Por eso, me pregunto si las estrategias de integración y de lucha contra el terror son coherentes. ¡No se puede pretender resolver un conflicto creando otro conflicto inútil! El problema no reside en la vestimenta, que en sí debería de ser libre, cada sujeto ha de elegir su forma de sentirse a sí mismo, siguiendo su conciencia; la vestimenta, la religiosidad, etc., forman parte de aquellas cosas sobre las que el Estado no debe opinar ni orientar, porque es una violación del derecho del individuo de afirmar su yoidad. Otra cosa es luchar para que el sujeto no interponga sus preferencias sobre los demás. Mientras que no haya una violación de estos derechos, cada sujeto ha de contar con un ambiente donde pueda sentirse *Hombre*. El laicismo -heredado de la Revolución francesa y la Constitución de 1791, que estableció la igualdad de todos los ciudadanos, posteriormente copiado como un modelo universal- garantiza la igualdad de todas las cosmovisiones, confesiones, identidades, etc., ante la ley. La Europa actual no es cristiana, por lo que, las instituciones no pueden, por un lado, tratar de debilitar el cristianismo y utilizarlo para fines políticos contra el islam. Lo que hará es producir una confrontación entre las dos creencias, y me atrevería a indicar que forma parte de los pretextos que utilizan los radicales para perseguir a los cristianos en Oriente, ya que, para los extremistas, los dirigentes occidentales recurren al cristianismo para luchar contra su fe. La misión del Estado es de garantizar la libertad de culto, la igualdad de todos los ciudadanos -sin meterse en sus convicciones personales-, la garantía de los derechos fundamentales y la igualdad.

La paradoja consiste en que, el Estado europeo moderno es ateo y se esfuerza por vaciar el contenido religioso en la gestión pública, pero cuando le interesa políticamente, se apoya en los valores cristianos para defender sus programas de terror y el comunitarismo. ¿Cómo esperamos alcanzar la equidad cuando una fracción de la sociedad es discriminada por su fe? De ahí erróneamente, los yihadistas consideran a la sociedad occidental como el “infidel” que merece la destrucción. Lo que me lleva a indicar que, más allá del

fanatismo de los criminales, Occidente mismo crea las condiciones para ser odiado, porque sus programas internos y política exterior tienden a camuflar una nueva inquisición y la dictadura de la *ateología*, la islamofobia pasa a ser leída como el nuevo racismo religioso. Europa se encuentra en una fase de decadencia -moral, económica, geopolítica, etc.-, y ante la ausencia de perspectivas coherentes, se busca un “enemigo” imaginario para huir de la propia responsabilidad y justificar la represión interior y exterior (control simbólico sobre los ciudadanos y mediante el miedo, la invasión militar, etc.), por lo que, desde algunas esferas, de una manera disimulada, reavivan los sentimientos fascistas, nacionalistas, la extrema derecha, etc., para divulgar discursos contra los migrantes y los musulmanes. De esta manera, nace el supuesto “enemigo” que se ha de vigilar, castigar o erradicar, pero como no es una estrategia coherente, sino que en el fondo genera la autodestrucción, la represión interior empuja a algunos a radicalizarse, sobre todo cuando la diferencia cultural y religiosa son instrumentalizadas, llevando así al hecho de que el islam sea visto como el “mal” con el que no se puede reconciliar, la antítesis de la tesis occidental: ¡Error! La síntesis es el hombre en sí, que debería de situarse por encima de las diferencias religiosas y culturales. Lo que esto crea es un contexto de una “mundialización del odio” (Ibarra, 2014:22); un odio visceral entre los opuestos, y cada bando buscando la aniquilación del oponente. Por eso, los terroristas veían el ataque al símbolo americano (y económica-capitalista) en 2001, como la destrucción de la civilización occidental: atacando el capitalismo, se termina con la realidad sociopolítica moderna que siembra la violencia en el sur global.

Desde los Ilustrados, la cultura occidental se ha apropiado los derechos humanos como la base de sus valores, pero a la hora de extender estos derechos al conjunto de los humanos, son limitados a los nativos occidentales y los demás son vistos como salvajes, de ahí se permiten los actos xenófobos, racistas, las violencias, el despojo material y cultural, el miedo, los prejuicios, etc., representan unos factores directos en la creación de los conflictos internos y externos. Mediante la proyección de su narcisismo (proyectando sus miedos, crueldad, sombras..., en los demás, similar a la actuación del narcisista que acusa a sus víctimas aquellas cosas que él/ella misma realiza constantemente), despierta el radicalismo en los demás, ya que los empuja hacia unos extremos, y para resistir sus críticas, violencias, manipulaciones, etc., éstos también recurren al mismo grado de cinismo, de ahí tenemos una confrontación directa de las fuerzas del mal: el Estado *mafocrático* y un terror *ideologizado*, compitiendo para dictar el orden mundial. En este marco, aunque negado por los ideólogos, la islamofobia contribuye a alimentar la yihad y las amenazas contra Occidente. En el contexto en el que los medios elaboran la opinión pública y determinan los debates sociales, el hecho de que las noticias falsas, la propaganda y crímenes de odio (de parte de los grupos neonazis) sean proyectadas hacia algunos colectivos (migrantes, musulmanes, etc.), sobre todo vía las redes sociales e internet, hace que tengamos una batalla entre radicalización y contra-radicalización en las redes. Desde los grupos extremistas-neonazis, se llevan a cabo ataques contra las comunidades islámicas que acusan de ser los responsables de las paradojas internas y en algunas esferas, públicamente se habla de un rechazo al islam, sin por ello hablar del aspecto del islam que rechazan. ¿La fe, la moral, la cultura, la ideología, el fanatismo?

Raramente se hace la distinción entre la fe (la teología islámica) y su instrumentalización entre algunos elementos que realizan una lectura rigorista, sesgada, política o

ultraortodoxa del islam (por ejemplo, el islam político de los wahabitas), para justificar el fundamentalismo y la intolerancia en nombre de la religión. Con frecuencia, los grupos que atacan el islam olvidan que sus actos también constituyen el “terrorismo”, debido a que aplican las mismas estrategias de terror y la manipulación ideológica: recurren al fanatismo, la violencia, la intolerancia, el cinismo, la hipocresía, el racismo, etc., que ellos mismos denuncian. Por eso veo una incoherencia en todas estas clases de extremismos: denuncian la violencia del islam y actúan violentamente contra él; para los fanáticos musulmanes, quieren convertir a todos al islam (la paz), mientras que utilizan la violencia. En este sentido, el entonces Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, denunciaba las tesis islamófobas: “Los principios del islam son frecuentemente distorsionados y sacados de contexto y se toman actos o prácticas particulares para representar o simbolizar una fe rica y compleja. [...] Algunos afirman que el islam es incompatible con la democracia o que es irrevocablemente hostil a la modernidad y a los derechos de las mujeres. Y en demasiados círculos se permiten las declaraciones denigrantes sobre los musulmanes sin ninguna censura, con el resultado de que el prejuicio adquiere un barniz de aceptabilidad” (Kofi Annan, en Ibarra, 2014:124).

Similar a la dictadura de la “verdad única”, o lo que llamaba Benedicto XVI, “la dictadura del relativismo”, que nos viene de los medios de comunicación y algunos grupos de poder-influencia, se olvida realizar la diferencia entre el terrorismo y el islam. En algunas sociedades, sobre todos tras el atentado terrorista llevado a cabo por Al-Qaeda en 2001, aparte de los ataques y la estigmatización que sufrieron los musulmanes (lo mismo se aplica en la India: el nacionalismo hindú proyectando el islam como una amenaza), el discurso geopolítico, político y académico (ámbito de las Relaciones Internacionales y Estrategia Militar) fue elaborado en torno a la instrumentalización del islam político y un miedo a una religión-cosmovisión considerada irreconciliable con los valores cristiano-occidentales. Sin embargo, la verdad consiste en reconocer que, las víctimas del terror son los propios musulmanes: son ellos los que sufren las violencias que generan los ataques en sus comunidades y una estigmatización; consecuencia de la actuación de unos fanáticos y minorías que predicán el odio en las mezquitas (cf. Documental Canal Arte sobre el terrorismo en Europa)⁵. Aparte, existe un enfoque sesgado a la hora de presentar el terrorismo, y en los medios de comunicación no se analiza el fundamentalismo, integrismo y fanatismo religioso de los grupos budistas, hindús y cristianos como hacen con los islámicos; el hecho de que no sean analizados no significa que sean menos violentos. La mayoría de estos grupos fundamentalistas y racistas se apoyan en tesis raciales y ‘cristianas’, o la distorsión del mensaje cristiano, para llevar a cabo sus discursos y acciones, por ejemplo, el terror vertido contra los negros en Estados Unidos de parte de KKK; los extremistas judíos que anexionan las tierras de los palestinos y dificultan el proceso de paz y la creación de dos Estados. En todos estos grupos, podemos encontrar un denominador común, que es la intolerancia y la noción de superioridad.

Frente a los que sitúan los futuros conflictos en la lucha por los recursos naturales, en particular, por las cuestiones energéticas y el acceso al agua, la guerra comercial, la guerra híbrida, la nueva configuración geopolítica (mediante la aparición de actores como China,

⁵ Canal Arte, « Jihad sur l'Europe (1/3) », <https://www.youtube.com/watch?v=sNhC-4N3LtE> ; « Jihad sur l'Europe (2/3) », <https://www.youtube.com/watch?v=rSI-qlYruYM> ; « Jihad sur l'Europe (3/3) », <https://www.youtube.com/watch?v=P7YWZt0eoWw>

Rusia, Turquía, Irán, la relevancia de los BRICS en el ámbito económico, y la debilitación del bloque occidental), etc., podemos añadir las amenazas del fundamentalismo para la paz en el siglo XXI y las malas estrategias militares. Para explicar esto, cabe mirar las consecuencias generadas a raíz de la intervención americana en Irak y Afganistán; la contestación de la presencia francesa en el Sahel, la guerra de Bosnia, el desmantelamiento del proyecto federativo de la CEDEAO y su contestación entre la población regional por su ineficacia en la lucha contra el terrorismo, etc. Siguiendo un mal cálculo geopolítico y análisis sociohistórico de estas comunidades, y en vez de instaurar la democracia como se había prometido, el desmantelamiento del Estado sin tomar en cuenta las realidades locales facilitaron la expansión de grupos armados, y los ejemplos patentes son Libia e Irak. Muertos Gadafi y Saddam Hussein, se facilitó una venta ilícita de armas entre las fronteras porosas, una corrupción administrativa que debilitó el Estado, y si sumamos a esto las disputas entre las tribus locales, se generó el caos. Posteriormente, los grupos terroristas aprovecharon la situación para promover sus agendas, es decir, la creación de un califato.

Esto es lo que ha llevado a países como Malí, Burkina, Chad, Camerún, Siria, Yemen, etc., a estar en una situación de inestabilidad y su lucha contra el terrorismo. Por eso, me atrevería a decir que, la irresponsabilidad occidental generó Dáesh, Al-Qaeda, AQMI y, también una batalla ideológica en los territorios europeos, sobre todo en Dinamarca, donde los grupos de extrema derecha, para expresar su rechazo al islam queman copias del Corán. El discurso peyorativo vehiculado sobre el islam no ayuda ni la estrategia que consiste en militarizar todos los desafíos sociales contribuyen a rebajar las tensiones, más bien crean un contexto de riesgo e inestabilidad para la paz internacional. La lucha contra el terror, políticas migratorias populistas, etc., vía la *diabolización* de las comunidades o las religiones ha generado una polarización sociológica y del sistema internacional: nosotros versus ellos (todos aquellos vistos como una amenaza contra los valores occidentales, antidemocráticos, radicales, etc.). Peor todavía, mediante la prepotencia cultural e intolerancia, Occidente genera en su seno sus propias amenazas, de ahí jóvenes nacidos y formados en sus ciudades, juran su destrucción o van a la yihad (Rodicio, 2016). Desde las esferas internacionales, se sigue focalizando en cómo derrotar a los yihadistas militarmente, en vez de pensar en aquellos factores que motivan a los extremistas; deliberadamente, huyen de preguntarse, ¿qué estamos haciendo mal para que nuestros hijos e hijas quieran nuestra destrucción?

Además de las motivaciones “religiosas”, o éstos mismos siendo víctimas de las manipulaciones psicológicas de los predicadores fanáticos, una de las primeras realidades que radicaliza a los jóvenes, en particular, aquellos situados en las periferias o perfilados por las fuerzas de seguridad en unas sociedades “abiertas” y también en las periferias cercanas geográficamente e invisibles para la clase dominante, y donde no se integra, sino que son realidades explotadas políticamente, las causas que suelen empujar a los jóvenes a la violencia suele originar de la violencia, la indiferencia ante la injusticia (sobre todo aquellas cometidas por las instituciones) y el hecho de verlos como sujetos situados fuera de nuestras realidades. De ahí a pesar de ser *plenos ciudadanos* (constitucionalmente), económica y sociológicamente, son unos “forasteros existenciales” (Francisco, 2021:173). El elemento clave consiste en el hecho de que el racismo es asumido como una realidad intrínseca: “Ellos no son como nosotros, por lo tanto, no deberían de estar

aquí”. Son convicciones expresadas públicamente y mediante las acciones deshumanizantes. Sufriendo estos hechos cotidianamente, sin que haya una perspectiva de cambio, sobre todo en sociedades donde el materialismo coloniza los valores y se ha liquidado la fraternidad (el amor, la compasión y el interés por el otro; Benedicto XVI, *Deus caritas est*), el momento en que dejamos de considerar al “otro” como un “hermano” o “ser humano”, por el mero hecho de no compartir la misma religión, color de piel, cosmovisión, intereses, etc., pasamos a verle como un obstáculo que debe desaparecer.

¿Cómo se lleva a cabo? Mediante la violencia institucional, la exclusión, no entablar ninguna comunicación ni interesarnos por sus realidades, la negación de sus derechos, una actuación cínica de las instituciones, un racismo camuflado, etc., y mediante gestos en las que tendemos a ser cómplices. Para éstos, vivir, significa estar “fuera de” / “lejos de” de lo que es común. “Puede ser un ciudadano con todos los papeles, pero lo hacen sentir como un extranjero en su propia tierra. El racismo es un virus que muta fácilmente y en lugar de desaparecer se disimula, pero está siempre al acecho” (Francisco, 2021:173). Por otro lado, ante el dominio de *la cultura del descarte* que nos ha legado el capitalismo y la categorización de las personas en función de su relevancia económica (su capacidad de producir y consumir materialmente), hemos creado una sociedad dual, es decir, formada por dos categorías de seres: los pudientes y aquellos considerados como extraños, marginados..., que, a fuerza de hacerlos saber que son distintos, se resignan, aceptando su suerte, y se aíslan en guetos, la violencia, el resentimiento y su confrontación con los mecanismos que violan sus condiciones de ciudadanos.

De ahí aparte de sufrir las incoherencias de la sociedad moderna, también se convierten en los “exiliados ocultos” (2021:173). En el caso de los migrantes, el miedo al otro o éstos siendo presentados como una “carga” para el Estado (el sistema de bienestar y la paz interior), se proyectan los prejuicios sobre ellos de una manera cínica, ya que, aparte de no reconocer su dignidad, la sociedad de acogida niega su dimensión humana y los ve en términos estadísticos (cifras), siguiendo unos intereses políticos y económicos, es decir, como mano de obra barata para la economía local. Por lo que, en esta tarea de dinamizar la economía, el extranjero es ante todo un producto (instrumento al servicio de una causa / fin) y nunca una persona con derechos plenos. Económica, política y sociológicamente, lidia con la violación de su dignidad sin que haya una respuesta honesta de parte de las instituciones. De ahí ante la indiferencia de su sufrimiento, algunos de ellos adoptan medidas que terminan sembrando el radicalismo y la confrontación entre las comunidades.

Pero no podemos hablar de esta realidad sin pensar en los efectos perversos de la globalización y la dictadura de la cultura occidental (democracia sin Democracia), es decir, el hecho de considerar la existencia como una única realidad (una unidad monolítica, situar la cultura occidental por encima del resto y ninguneando las demás culturas y creencias). En esta promoción de lo singular como la verdad absoluta, niegan a los demás sus derechos de expresar su manera particular de ser y sus costumbres son vistas como contradicciones, mitos, leyendas, anticuadas, incivilizadas, sospechosas..., e incompatibles con los valores universales. De ahí se construye un universalismo autoritario que niega lo no occidental y se fundamenta en el racismo cultural. Actuando en contra de estos paradigmas absolutistas (sobre todo entre los americanos), que en sí violan el sentido del humanismo -aunque no es un pretexto justificable, pero motivado

por un contexto sociopolítico-, algunos grupos se apoyan en el fundamentalismo religioso o el terrorismo como su única manera de batallar contra el reduccionismo identitario que se pretende promover desde las instancias occidentales, y en algunos casos, explica el supuesto “odio” que se tiene hacia el mundo occidental. Incapaz de distanciarse del modelo colonial y la arrogancia cultural, se intenta seguir con un modelo social que, en vez de crear puentes o tratando de entender las diferencias para construir lo común, se pretende reducir lo múltiple en lo “Uno”, vía unos discursos racistas y dogmáticos (obligando a otros a adoptar el estilo de vida occidental, el estilo materialista, sexualidad, modelo de familia, etc.) a sabiendas de que habrá resistencias. Porque la humanidad no está formada por una única sociedad-cultura, más bien existen opiniones, creencias, ethos, valores, cosmovisiones, etc., diferentes, y da la sensación de que en el Norte global no se quiere aceptar esta realidad y se intenta imponer una visión singular del mundo.

Viendo que el modelo propuesto choca con su idea de hombre y sentido de la vida, algunos grupos se rebelan contra la propuesta importada, siendo la base de su rechazo de la cultura occidental y el extremismo que ronda el fanatismo. En vez de captar esta realidad, humildemente ser tolerantes, los ideólogos occidentales interpretan las afirmaciones existencialistas de los demás pueblos como un rechazo a Occidente, cuando es él que debería de aprender a escuchar a las demás opiniones y no pensar que su verdad es la verdad absoluta. Dicho esto, no justifica ciertas prácticas culturales que en sí son ofensivas y violan la dignidad del hombre, pero tampoco es un pretexto para la invasión ideológica. Este reduccionismo no se aplica únicamente en la promoción de los valores occidentales, también en el análisis de los conflictos, el estudio etnológico y causas del radicalismo. Para la mayoría de los “expertos” occidentales, estos grupos simplemente ejercen la violencia o el terror por el mero hecho de odiar a Occidente, el deseo de destruir sus estructuras o por pura maldad, cuando en realidad se debería de realizar una introspección y preguntarse por qué hay una resistencia a la hora de divulgar nuestras ideas en otras sociedades. No se hace este ejercicio, o cuando se lleva a cabo, se hace de una manera ideologizada, es decir, la dificultad para dejar de lado la mirada eurocéntrica.

De ahí los esfuerzos al estilo de Nicolás Sarkozy -su Discurso de Dakar, 2007-, por justificar los discursos y análisis sinsentidos y fuera de contexto, diría incluso, de otras épocas y distantes de la realidad, porque, aparte de centrarse en una mirada puramente estratégica (militar), ideológica y económica, se debería de partir de un enfoque *emic / etic*, micro / macro, etc., ya que las violencias (las bases de radicalismo) parten del individuo y de motivaciones sociopolíticas, geopolíticas y económica. Por ejemplo, en el caso del terrorismo, están las motivaciones del lobo solitario, de un grupo organizado, la intervención de un Estado y la financiación de un grupo extremista para llevar a cabo una misión, la implicación de los servicios secretos (misiones de sabotaje contra los planes del enemigo, que categorizo dentro de los actos terroristas por su ilegalidad). Actualmente, urge preguntarse por qué existen más chicos que chicas en la promoción del terrorismo, ¿será consecuencia de una falta de perspectivas simplemente, son los hombres más afines a la violencia, o es consecuencia de una guerra contra lo masculino lo que motiva la reacción violenta de los chicos, etc.? ¿Estamos lidiando con una guerra ideológica, y si este hecho explica el refugio de los jóvenes en la violencia (las bandas)?

El problema no se sitúa únicamente en el conflicto entre los grupos extremistas, sino que deberíamos de cuestionar si la proyección ideológica o la instrumentalización jurídica y

económica del género no está empujando a muchos jóvenes al resentimiento y creando una imagen distorsionada que lleva a la autoexclusión del modelo social. Aunque no es un factor directo, personalmente, creo que dicha instrumentalización ideológica y electoralista contribuye a magnificar la explotación de las diferencias que posteriormente se convierten en motivos de conflictos. Por lo que, se ha convertido en una dinámica absurda que, en vez de unir las diferencias, genera desafíos emocionales y psiquiátricos (la violencia que se germina silenciosamente y explotable en cualquier momento). Ante la imposibilidad de sentirse útil, formar una familia y considerando que los mecanismos socio-jurídicos están en contra de sus intereses, el joven pierde los medios para expresarse, de ahí se produce una liquidación de la autoestima. Frente a esta realidad, cuando el extremismo toca sus puertas, acepta sus propuestas sin pensarlo.

Por eso, creo que, en nombre de un igualitarismo politizado (un reduccionismo del género, cambiar los derechos fundamentales de las mujeres por el control del poder; la defensa de causas que distan del feminismo), hemos desmantelado los roles que sostenían los equilibrios sociales (las funciones que jugaban cada edad, figura paterna y materna en la sociedad). El lenguaje utilizado para dirigirse al sexo masculino (*toxic masculinity*, inmigrante, negro, musulmán) es violento y siembra las discordias en vez de resolver las violencias; cabe mirar las maneras en las que desde algunas esferas describen a éstos, se percibe toda una intención de humillar. Olvidan mencionar que, éstos constituyen los pilares que sostienen la sociedad y sin su participación tendríamos unas sociedades cojas, porque más allá de las reivindicaciones retóricas que profesan algunas ideologías, prácticamente, no aportan nada a la sociedad, pero son las voces más ruidosas, y a veces, más intolerantes y violentas. No se busca defender a la mujer, sino destruir lo masculino puramente, como si lo masculino representa lo absoluto y su muerte daría fin al problema. ¡Son problemas complejos reducidos a cuestiones emocionales y lucha de poder! (Espero las actuaciones del cinismo: sacando mis palabras fuera de un contexto de análisis y acusaciones de qué sé yo). Si sumamos a estos factores, el aumento de hogares monoparentales, familias rotas por la miseria, efectos emocionales de los divorcios sobre los jóvenes, y algunos jóvenes creciendo sin figuras paternas, fácilmente pueden terminar en la violencia por haber crecido en unos ámbitos que nunca los enseñaron el valor de la autoridad. De ahí al llegar a la pubertad o la adolescencia, y siendo su primer contacto con la autoridad, se rebelan: destruyendo la familia y proyectando una imagen negativa del varón, se crea una sociedad desequilibrada y potencialmente violenta, porque ante la ausencia de la autoridad (orden), damos paso a la anarquía (aumento de la población carcelaria, crimen organizado, etc.). ¿Cómo estamos reaccionando ante este fenómeno?

Aparte de la aplicación de la violencia estatal como la única solución a estos problemas que, en sí, creo errónea, nuestras conductas con los jóvenes tienden a legitimar el consentimiento de la violencia. Es decir, en vez de analizar fríamente la naturaleza de la radicalización, como tendemos a huir de todas nuestras responsabilidades, sobre todo a nivel administrativo, donde se cometen muchas inepticias, pero nadie es responsable de nada, sino que se aplica la negación o la dilatación, los empujamos a la *ultra-radicalización*, ya que no nos prestamos a escuchar sus mensajes (sus opiniones, dudas, preocupaciones, frustraciones), sino que nos limitamos a categorizar –“Los jóvenes de ahora son maleducados”–, y nos lavamos las manos como Poncio Pilates que huyó de su responsabilidad: “¡No me concierne!”. Sí, de manera directa e indirectamente, cada uno

de nosotros contribuye a alimentar la violencia, sobre todo cuando nos negamos a cumplir con nuestras responsabilidades, sobre todo en aquellos espacios donde los jóvenes tratan de labrar un futuro o mejorarse para posteriormente participar en la construcción social. Hablo de esto porque yo mismo lo he experimentado en el ámbito universitario. En una de las universidades por las que pasé, en una ocasión, tuve un asunto que quería resolver y solicité la intervención del defensor universitario, cuando me citó para ir a su despacho para hablar, en vez de ofrecerme propuestas, me invitó a regresar a mi país porque estamos quitando a los nativos la posibilidad de acceder a los empleos. Sus palabras y mi solicitud no tenían nada que ver, pero me permitió descubrir el racismo intelectual.

Puedo contar muchas más historias en el seno universitario en las que los protagonistas de estas hipocresías administrativas buscaban desanimarme a abandonar mis estudios. Recientemente, me volvió a suceder otro episodio, y solicité la intervención del Defensor del Pueblo. Cansado de las falacias y las incoherencias administrativas, opté por retirarme definitivamente. Llevaba una temporada trabajando sobre una investigación en torno a los conflictos en África, pero a raíz de estas dificultades burocráticas y la ausencia del interés por las cuestiones africanas en la academia española, estoy en modo de esperar, confiando en encontrar una universidad donde realizar mi investigación. Me doy cuenta de que, cuando no estén dispuestos a facilitarte las cosas, no hay nada que puedas hacer para acceder: ¡Lo absurdo prefiere chocar con la pared que retrocediendo ante la razón! Es imposible, más siendo negro. Mi presencia en ciertas esferas es leída como una amenaza y un obstáculo, a decir verdad, me parece lo más absurdo y una manifestación de la inseguridad intelectual: ¿por qué pensar que si me admiten en su seno terminaré quitándoles sus trabajos? ¿Dónde está su competencia y por qué tener miedo? La burocratización de la universidad y la ausencia de transparencia me empujó a abandonar objetivos sobre los que llevaba mucho tiempo trabajando, y cuando toca preguntar sobre las verdaderas motivaciones de los obstáculos, nadie es capaz de ofrecer una respuesta coherente, sino que te ofrecen un va y viene de excusas. El cinismo empuja a los jóvenes a abandonar sus sueños; sujetos que tienen la responsabilidad de acompañar a los jóvenes a ser mejores ciudadanos, son los que los empujan a distanciarse de la sociedad. La dinámica consiste en la preservación de los intereses en vez de la realización de su misión, de ahí aun cometiendo errores administrativos o un racismo institucional, cierran los ojos y se lavan las manos para no saber nada de las injusticias. ¡Éstos son los violentos!

Mientras que personas como yo, optan simplemente por retirarse ante la imposibilidad de cambiar la situación ni conseguir el espacio para denunciar las irregularidades, muchos jóvenes consideran que la única manera de garantizar sus derechos es vía la violencia, de ahí no podemos disociar la radicalización con la violación de los derechos, la corrupción administrativa y la impunidad. Cuando se producen estas situaciones, en vez de llevar a cabo una investigación transparente para mejorar las cosas, tienden a culpabilizar a las víctimas como una estrategia defensiva (es vergonzoso). Los jóvenes no son violentos porque quieren, ni odian a la administración por capricho, sino sus acciones son consecuencia de mal de nuestra sociedad, y sin un acompañamiento adecuado, seguiremos viendo cómo destruyen sus vidas con la droga, el crimen, la prostitución, y para los más fanatizados, pensar que el terrorismo es el único camino para cambiar el modelo injusto. De hecho, la mayoría de los jóvenes europeos implicados en la yihad tienden a partir de estos contextos; no son religiosos, pero sus intereses son motivados

por las ganas de venganza. La negación de la sociedad de aceptarlos o facilitar su integración genera en ellos sentimientos de culpabilidad -preguntarse si son malos, qué crimen han cometido-, y los empuja hacia colectivos que los brindan el entendimiento y la escucha que no reciben. El joven migrante suele entrar dentro de esta realidad, porque tras su llegada, espera un recibimiento, pero ante las trabas y la división de las personas en guetos, sintiéndose solo, puede ser atraído por grupos de crimen organizado o las bandas mediante los cuales establecer una relación de afinidad o “familia”.

Si sumamos a este hecho la dificultad para sociabilizar, sobre todo viendo que está cada vez más frecuente por el modelo individualista que nos ha dictado el capitalismo, la mayoría de los jóvenes (por las dificultades en el ámbito familiar, *bullying escolar*, cosificación laboral, experiencias dolorosas con las fuerzas de seguridad, el deshonor, traumas, experiencias pasadas, etc.) lo encuentran difícil para entablar redes amistosas en la vida cotidiana, y aparte de las amistades que tejen virtualmente, suelen pasar muchas horas consigo mismos. Esto puede participar a crear un sentimiento de frustración o pensar que no encajan en el modelo social, y a diferencia de las estructuras familiares no occidentales (africanas) donde la familia extendida participa en la educación del joven y permite detectar los signos de radicalización tempranamente, en Occidente, resulta más complejo, porque la existencia cotidiana se resume en espacios o grupos muy limitados. De ahí ante el aislamiento, el sujeto puede nutrirse con materiales fanáticos y planificar acciones violentas sin que se dieran cuenta sus allegados: pasa el día delante de las pantallas y solitariamente. La vida social europea dificulta la socialización y siguiendo el ritmo de trabajo, se ha creado una *socialización excluyente*, es decir, los individuos solamente se comunican dentro de unos grupos cerrados (guetos, barrios, entre las redes migrantes y religiosas) y no existe el diálogo más allá de las fronteras culturales.

El miedo mutuo dibuja las fronteras que separan las interacciones sociales y el distanciamiento que se resumen en miradas cruzadas. Por eso, además de tener que alimentarse con la propaganda en las redes sociales y los medios de comunicación, también el distanciamiento puede significar la prohibición del acceso al espacio privado al que es visto como otro; espacios donde se elaboran las estrategias de manipulación psicológica (sectas, grupos radicales) y los mecanismos identitarios: los “humanos” son aquellos con los que se identifican cultural y simbólicamente. De manera que, la indiferencia significa el desinterés por el otro o la desconfianza. Eso sí, también el radicalismo puede nacer de una aceptación de las fronteras físicas, lingüísticas y culturales como realidades cotidianas. Es decir, el hecho de que ciertos grupos estén prohibidos el acceso a ciertas esferas, similar a lo que sucedía en Sudáfrica con el régimen apartheid y en Estados Unidos durante la era de la segregación (las leyes Jim Crow, entre 1876 y 1965). Aunque en la Europa actual no existen estos mecanismos ni una prohibición sistemática a los grupos minoritarios de acceder a ciertos espacios, culturalmente, los prejuicios y las miradas sospechosas, prohíben el acercamiento, por lo que, la presencia de ciertas personas en algunas áreas es vista como amenazas y decretan su exclusión mediante comportamiento racistas. Llevándolas a sufrir estas experiencias deshumanizantes, las víctimas del odio tienden a considerar a los causantes de estos episodios como sus “enemigos”. Pero esto no se lleva a cabo únicamente en los ámbitos culturales, también institucionales. Sin importar su nivel de formación o poderío económico, siguiendo los prejuicios (de la sociedad dominante), el negro, magrebí,

gitano, etc., son indeseables y no deberían de estar en los espacios reservados para ellos. De ahí contornando las normativas, suelen materializar la exclusión mediante actitudes hostiles, sea dificultando la integración o simplemente negando su acceso.

Es la misma actitud que desarrollan las fuerzas de seguridad cuando establecen categorías de criminales en base a rasgos físicos y étnicos. Para los adeptos de estas ideologías, estos colectivos son automáticamente culpables; cabe mirar el caso del profesor afroamericano en Harvard, y presentador en la televisión PBS, Henry Lewis Gates Jr., que fue detenido por la policía en Cambridge, Massachusetts, el 16 de julio de 2009, tras la llamada de una mujer que decía ver a dos negros entrando en una casa, y que, para la policía, se trataba de un negro que cometía el delito de allanamiento de domicilio, cuando en realidad éste entraba en su propia casa tras un viaje a China. Para Gates, se trataba de un acto racista: *"'Why, because I am a Black man in America?' Gates snapped, according to Crowley's police report, refusing to leave his front room"* (The Guardian, 21/07/2009) (cf. Wilkes, 2010; Ogletree, 2010).⁶ Ya -en sus libros *Loose Canons*, 1992, y *Colored People: A Memoir*, 1994-, Gates denunciaba estos mecanismos racistas de la sociedad americana (lo mismo hacen los uniformados aquí cuando paran a los migrantes en las calles, perfilados y criminalizados en base a su aspecto; su presencia levanta sospechas):

"It's important to remember that 'race' is only a sociopolitical category, nothing more. At the same time ... that doesn't help me when I'm trying to get a taxi on the corner of 125th and Lenox Avenue".

"Completely by the accident of racism, we have been bound together with people with whom we may or may not have something in common, just because we are 'black.' Thirty million Americans are Black, and thirty million is a lot of people. One day you wonder: What do the misdeeds of a Mike Tyson have to do with me? So why do I feel implicated? And how can I not feel racial recrimination when I can feel racial pride? ... I want to be black, to know black, to luxuriate in whatever I might be calling blackness at any particular time -- but to do so in order to come out the other side, to experience a humanity that is neither colorless nor reducible to color." (Henry Lewis Gates, 1992/1994; in *Los Angeles Times*, 21/07/2009).⁷

Para la mentalidad dominante, sujetos de estos colectivos no pueden habitar en los barrios considerados "pacíficos" y de "clase alta", y su presencia allí levanta sospechas o miradas incómodas: sospechosos, delincuentes, traficantes de drogas, etc. Es decir, sobre ellos aplican una serie de prejuicios que estigmatizan. Del intelectual negro o de ascendencia migrante no hablo; es percibido por los mecanismos institucionales como una amenaza que hay que silenciar o diabolizar (podemos citar el ejemplo del entonces Ministro de Educación francés Pape Ndiaye, que recibió comentarios racistas tras su nombramiento; Donald Trump vertiendo noticias falsas sobre la americanidad de Barack Obama, y éste tomando con humor los bulos sobre su partida de nacimiento: que si era musulmán,

⁶ *The Guardian*, "Police arrest prominent black history scholar for breaking into own home." July 21st, 2009. <https://www.theguardian.com/world/2009/jul/21/henry-louis-gates-jr-arrest-harvard> Wilkes, Donald E. Jr., (2010). "The Arrest of Henry Louis Gates, Jr." *Popular Media*, 82, 1-24.

https://digitalcommons.law.uga.edu/cgi/viewcontent.cgi?referer=&httpsredir=1&article=1083&context=fac_pm Ogletree, Charles. (2010). *Presumption of Guilt: The Arrest of Henry Louis Gates Jr. and Race, Class, and Crime in America*. 1st ed. New York: Palgrave Macmillan.

⁷ *Los Angeles Times*, "Henry Louis Gates Jr. arrested. Seriously, Cambridge?" July 21st, 2009. <https://www.latimes.com/archives/blogs/jacket-copy/story/2009-07-21/henry-louis-gates-jr-arrested-seriously-cambridge>

africano, etc.). Para el *Establishment*, inmigración, igual delincuencia. En el contexto europeo (a excepción de países como Hungría, Italia, Polonia, España, etc., donde renace la extrema derecha), no se utilizan mecanismos raciales abiertamente como sucedió en Estados Unidos, pero los mecanismos dejan ver un racismo sistemático e institucional. Las reclamaciones de un migrante tienden a ser “pisoteadas”, mientras que las de un nativo son defendidas, rompiendo así la equidad jurídica. Visto lo anterior, diríamos que el contexto actual está definido por un radicalismo, no solamente de los grupos extremistas y los jóvenes, también de los Estados, debido a que se mueven en los extremos y explotan estos desafíos para alimentar los extremismos como pretextos para la intervención política, tanto interna como geopolíticamente. En este sentido, más allá de las tesis de Samuel Huntington sobre la realidad de este siglo, marcado por el “choque de civilizaciones”, podemos considerar que, *Civilización*, en el contexto actual, significa la lucha entre intereses e ideologías, de ahí la complejidad de la violencia y el terrorismo.

El radicalismo se alimenta de estos conflictos y también nutre estos conflictos, en el sentido de que, tanto el terrorismo como el Estado democrático, representan dos modelos opuestos e irreconciliables que buscan destruirse mutuamente. Las dinámicas sociales, políticas, económicas, ideológicas y militares actuales crean los choques y el radicalismo, sobre todo si tomamos en cuenta el peso que juega la ruptura de las referencias, el hedonismo, la ausencia de una armonía entre el hombre y su cosmos, etc., casi todas las relaciones actuales se producen en el marco de una “lucha” entre y por (fuerzas opuestas que se han de dominar mutuamente). El Estado trata de dominar al individuo, el miedo sobre la sociedad, la paranoia sobre la geopolítica, la economía sobre los valores, el fundamentalismo sobre la fe (tolerancia), el terror sobre la armonía, nosotros sobre ellos, etc. Y paradójicamente, llamamos a estos mecanismos el progreso o la civilización, pero que, en realidad no hacen más que esconder las paradojas de nuestra época: la injusticia y los eufemismos sociopolíticos (*contrevérité*). No hemos creado una *cultura racional* que se ha vaciado del conflicto en su seno, sino que ritualizamos la violencia simbólica, estructural, religiosa, política, económica, etc., como dogmas/hábitos. Ni siquiera el socialismo y el humanismo moderno han terminado con estos paradigmas, ya que algunos parten de las teorías religiosas o filosóficas para justificar la violencia y el terrorismo. Por todo ello, no nos ha de sorprender la magnificación de la radicalización. La globalización, en vez de acercar a los pueblos como prometía, sembró una multitud de incoherencias.

“Pero el triunfo global de la civilización se celebra hoy bajo el signo de una catástrofe universal. Destrucción ecológica a gran escala, un empobrecimiento masivo y letal de cientos de millones de personas, y la militarización global de los conflictos generados, oír una expansión incontrolada de estrategias económicas socialmente devastadoras cierran el ciclo histórico del capitalismo postindustrial y su expansión bajo el signo del terror. La finalidad que legitimaba moral y políticamente un desarrollo tecnológico y económico indefinido en el siglo de las luces y en la era del socialismo, o sea, un incremento de la productividad económica que permitiese un sistema igualitario de la distribución de la riqueza y liberarse las energías creadoras del existente humano para su realización social y personal libre, se ha revelado como su riguroso contrario, la desintegración social en las periferias geopolíticas de la metrópolis postindustriales bajo el régimen de miseria inducida por las grandes corporaciones transnacionales y la subsiguiente globalización de la violencia trazan con un rastro sangriento el reverso del discurso moderno del progreso y los valores de la civilización. Corona este paisaje histórico el desarrollo global de un

arsenal tecnológico convencional, bioquímico y nuclear cuya potencia letal rebasa el control de aquellos mismos que la administran” (Subirats, 2006:12-13).

Partiendo del contexto posguerra fría y dominio del liberalismo americano (también la unipolaridad en el sistema internacional hasta la aparición del multipolarismo que tratan de promover los BRICS y los países emergentes), el desarrollo de las iniciativas de grupos radicales (terrorismo religioso y sectas fanáticos) perseguía como fin cuestionar el modelo imperialista americano (los valores occidentales que intentan utilizar como nuevos mecanismos coloniales), que, para algunos grupos, representa el símbolo mismo de la intolerancia y la opresión (militar y económica, dado que empobrece el sur global e invaden sus países sin su consentimiento). Para éstos, el modelo americano siembra la destrucción, no solamente del Estado, también cultural y religiosa, ya que, una vez instalado en sus territorios, ofrece nuevos derechos y estilo de vida que debilitan el modelo religioso-tradicional. Cabe mirar las reticencias de los talibanes contra la escolarización de las chicas en Afganistán, las denuncias de Osama bin Laden contra la presencia americana en la Meca (Arabia Saudita), etc. De ahí sus luchas no se centran exclusivamente en factores religiosos, también motivaciones políticas, honor, patriotismo, etc. De hecho, desde la época de los griegos y romanos hasta el presente, todos los pueblos que se enfrentaron al modelo imperial lo hacían pensando en debilitar al poder dominante; desde los ataques de los bárbaros contra Atenas y Roma, los terroristas golpeando el territorio americano y europeo, etc., sea desde dentro o fuera, podemos considerar que estos imperios crearon los motivos de su destrucción o enemigos (podemos citar las luchas entre los indios y chinos contra los británicos, la rebelión de los americanos contra el imperio británico, etc., que terminó en una guerra y ganas de independencia); el terror aplicado sigue la misma dinámica: actuar contra el “imperio” considerado como el símbolo del mal, la opresión, contravalores. En este sentido, indicaba Isócrates: “Eso que llamáis Imperio es una calamidad” (en Subirats, 2006:25).

Para estos pueblos, el imperio encarna el brutalismo (el derecho a violar al ‘otro’), genera la ruina del ‘otro’ (trata de esclavos / colonialismo / neocolonialismo), y actualmente, significa una disputa hegemónica entre las potencias y crea unas repercusiones en el sur global. Todas estas estructuras diseñaron estrategias de aniquilación (el ‘otro’ no debe existir, o si existe, ha de estar sometido a las condiciones establecidas y que tienden a ser los principales motivos de radicalización; por ejemplo, las condiciones degradantes de los esclavos produjeron la rebelión en Haití, las violaciones de la administración colonial francesa produjo la guerra de Argelia; las rebeliones de los países lusófonos en África contra la administración colonial portuguesa, la Primavera Árabe y posterior extensión del terrorismo en el Sahel, etc.). ¿Dónde originan las violencias de la civilización moderna? No solamente mediante la utilización de la técnica-militar, por ejemplo, su repercusión durante la II Guerra Mundial, sino también mediante las premisas epistemológicas, como pueden ser los discursos contra el islam, el racismo científico y la xenofobia contra los migrantes; también en materia terrorista, no podemos ignorar la implicación de los servicios secretos en la manipulación política y la fabricación de pretextos para ir a la guerra. Cabe recordar el error que cometió Colin Powell ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (5 de febrero de 2003), en su intento por justificar la invasión de Irak, argumentando que Saddam Hussein poseía armas de destrucción masiva cuando era falsa, a pesar de las insistencias de Blix y El Baradei de no haber encontrado las mencionadas armas, y también contando con la oposición de un

aliado como Francia, Jacques Chirac (cf. Resolución del Consejo de Seguridad 1472/2003; Res. 1483/2003; Res. 1490/2003; Res. 1500/2003; Res. 1511/2003).

En otros términos, podríamos decir que la agresividad militar americana y la creación de estos grupos terroristas por fines geopolíticos contribuyen a sembrar el terrorismo a nivel global: ellos formaron a Osama bin Laden para luchar contra el comunismo en Afganistán, y una vez derrotada la URSS, éste se convirtió en su enemigo. De ahí no podemos hablar de este fenómeno sin mencionar la irresponsabilidad americana, es decir, considerar que los conflictos regionales se resuelven ofreciendo más armas (Afganistán, Bosnia, ahora Ucrania e Israel), que posteriormente utilizan los extremistas para luchar contra los Estados vecinos o aumentar el tráfico ilícito de armas en estas regiones. Mediante esta banalización de la violencia, o la *banalización del mal* como decía Hannah Arendt, se ha creado una dinámica de terror y el fundamentalismo religioso que amenazan la estabilidad de la sociedad moderna. “La violencia no es el origen negativo contra el cual la civilización construye su sentido, sino el final que revela el sinsentido de sus empresas. Vivimos en una civilización de la violencia. Pero el problema de la violencia en el mundo contemporáneo no reside solamente en su proliferación cuantitativa en las expresiones de la vida cotidiana o en el interior de nuestras empresas tecno-industriales. El problema de la violencia es también el de su normalización social” (Subirats, 2006:69).

Los desafíos que amenazan a este siglo son múltiples y complejos (pobreza, cambio climático, injusticias sociales, guerras híbridas, luchas de género, etc.), pero uno de los desafíos más alarmantes lo representan el terrorismo y el resurgimiento del extremismo ideológico. Dicho esto, cuando hablamos del terror, tendemos a mirar a las maniobras violentas de los grupos extremistas y olvidamos las implicaciones del Estado y el sistema financiero en el desarrollo del terrorismo, dado que algunas instituciones políticas y militares utilizan estas metodologías para realizar una manipulación política o instrumentalizan el terrorismo por fines geopolíticos y hegemónicos. Cabe mirar la instrumentalización del ataque terrorista de Al-Qaeda en 2001 que hizo George Bush, para consolidar su política doméstica y orientar su política exterior, es decir, un medio para tallar una imagen más positiva y la supremacía americana. En cuanto a esto, en el prólogo de la obra de Richard Lebévière sobre el fenómeno terrorista, enfatizaba Sami Nair, en la relación entre los círculos financieros (lavado de dinero y crimen organizado) y el terrorismo internacional. En esta dinámica, se aplican las mentiras políticas y la manipulación de los Estados (sobre todo las motivaciones que ofrecen a la sociedad para invadir otros países; tienden a calificar a los regímenes opuestos a sus intereses como las fuerzas del mal o dictadores que violan los derechos de sus ciudadanos, similares a las motivaciones presentadas por la OTAN para derrocar el régimen de Gadafi en 2013).

Con frecuencia, el verdadero motivo consiste en ocupar los territorios ajenos por fines geopolíticos o dominar las rutas de acceso a los recursos estratégicos, de ahí en cuanto a las ideas que desarrollaron la administración Bush para invadir Irak y Afganistán, argumenta Lebévière (2004:25) que, se produjo “una homogeneización de las relaciones internacionales”. Igualmente, cree Sami Nair: “El libro de Richard Lebévière es aún más preciso: demuestra la gran responsabilidad que, más allá de los propios terroristas, tienen los gobiernos y servicios secretos de varios Estados, sobre todo Estados Unidos y Arabia Saudita, por su manipulación de los grupos terroristas [...]. No vacila en mostrar la responsabilidad de los políticos y de los traficantes internacionales que, directa o

indirectamente, apoyan a los asesinos [...]. Nos revela también las injusticias y el odio... desvela que las amenazas sobre la democracia y la paz mundial no vienen solamente de los terroristas, sino también de los poderes políticos y financieros que los manejan. Es un gran juego, sucio, cínico, criminal. Nunca se podrá vencer el terrorismo si, al mismo tiempo, no se lucha en contra de las violaciones de la justicia y de la dignidad de los pueblos, cuyos culpables son a menudo estos Estados y poderes financieros ocultos” (Sami Nair, prólogo, Lebévière, 2004:6-7). Lo que esto demuestra es la ironía en las actuaciones de las sociedades contemporáneas o el cinismo de las Relaciones Internacionales; unas relaciones interestatales que llevan décadas siendo dictadas por los intereses de unas minorías que proyectan sus desacuerdos a nivel global en forma de tensiones militares o apoyando grupos extremistas para debilitar a sus contrincantes.

Bajo el pretexto de luchar contra el terrorismo y el crimen organizado, los Estados y algunas instituciones financieras (bancos que facilitan el lavado del dinero, similar a las acusaciones vertidas contra el Banco Vaticano), los dirigentes políticos e ideólogos llevan a cabo prácticas que podemos calificar como terrorismo, sobre todo mediante la interiorización del terror (control de los ciudadanos), la categorización en nombre de la lucha contra el crimen organizado, las escuchas ilegales (espionaje, metodologías denunciadas por Edward Snowden y Julian Assange), la pérdida de la libertad y la promoción de las actividades antipolíticas que violentan los derechos fundamentales. Para controlar a la población (sus movimientos y psicológicamente), ahora no se utiliza la brutalidad física, sino la instrumentalización del miedo mediante los atentados y la divulgación de noticias falsas sobre algunos grupos, teorías de complot-conspiración contra colectivos considerados como “amenazas”. De ahí desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, Madrid (2004), París (2015), etc., cada vez más, vamos construyendo una dinámica de miedo, caza de brujas y de sospechas mutuas en las relaciones sociales e interestatales, ya que algunos Estados son tildados de financiar el terrorismo religioso en el marco de las luchas geopolíticas, sobre todo en el Oriente (las disputas entre los aliados de Irán versus Arabia Saudita, chiita versus sunnís). De manera que, en nombre de una lucha contra el terror, se ha fomentado una *Inquisición 2.0*, con la complicidad de los medios de comunicación y los mecanismos de control, es decir, denunciamos o sospechamos de todos aquellos que no se parecen o piensan como nosotros. En términos de Jean Baudrillard: “Hay una ironía feroz en ese sistema mundial antiterrorista que termina por interiorizar el terror, por infligírselo a sí mismo y vaciarse de toda sustancia política, llegando incluso a volverse contra su población” (en Lebévière, 2004:25).

Con frecuencia, los gobiernos utilizan el contexto para adoptar decisiones unilaterales, por ejemplo, la nueva ley contra el terrorismo adoptada en Senegal, y la modificación del Artículo 279-1 del Código Penal para luchar contra «*le blanchiment des capitaux, le financement du terrorisme et la piraterie maritime*», y que instrumentaliza el régimen de Macky Sall para silenciar a sus opositores (cf. *Loi n° 2016-29 du 08 novembre 2016; Loi N° 2007-01 du 12 février 2007 modifiant le Code Penal*; Desfourneaux, 2021). Para el jurista y ministro de Justicia durante el régimen de Abdou Diouf, Doudou Ndoye, se trata de una ley vestida de doble función: contra el terrorismo y los senegaleses ya que, incluso el acto (derecho constitucional) de manifestar contra el gobierno puede criminalizarse si no favorece sus intereses. De ahí decía en una entrevista televisa (2STV): «*Il y a des dispositions qui luttent contre le terrorisme, mais il y a des dispositions qui luttent contre*

les Sénégalais... Cette loi vous laisse le droit de manifester et vous met en prison. Cette loi a défini la notion de terrorisme dans l'article 279-1 lorsque vous accomplissez un certain nombre d'actes (16 actes). Et dans les actes, il y a des sous actes aussi, donc il y a environs 40 à 50 catégories qui se trouvent dans le 279-1. Chaque chose qui se fait et qui ressemble aux éléments qui se trouve dans l'intitulé de l'article 279-1 constitue un acte de terrorisme et puni d'une peine perpétuelle » (dans BBC Afrique, 28/06/2021).⁸

De esta manera, pasamos de la democracia a un Estado policiaco, donde lo que domina es el control sobre los ciudadanos (se viola el derecho a la intimidad); en otros países, siguiendo puros cálculos personales, embarcan el país en una guerra inútil, similar a lo que había hecho Aznar, embarcando a España en la invasión de Irak y Afganistán sin el aval de la sociedad española. Lo que todos estos gobiernos tienen en común es la utilización de la mentira y la manipulación de la información para legitimar sus decisiones. De ahí obligan a los terroristas a reaccionar violentamente contra la población como su manera de presionar a los dirigentes y la retirada de los ejércitos. En el contexto español, las protestas contra la presencia española de lado de los americanos en Irak y el atentado terrorista de 2004 (Atocha, Madrid), permitió la derrota del Partido Popular y la llegada del socialista José Luis Rodríguez Zapatero, como presidente del Gobierno.

Aunque la invasión americana de Irak prometía la democratización de la sociedad, lo que realizó fue el desmantelamiento de las estructuras sociopolíticas anteriores que permitían el equilibrio entre las comunidades tribales. De ahí destruyendo el Estado, crearon las condiciones idóneas para la expansión del programa de Dáesh: el Califato. En las esferas occidentales se tiende a ocultar esta actuación como un factor clave en la promoción del terrorismo y la inestabilidad en Oriente y Asia; igualmente en el Sahel, tras la derrota de Gadafi (Libia). Por eso, consideramos que los errores estratégicos de los países del norte, su desconocimiento de la historia y la sociología de los países invadidos, obligan a sus ciudadanos a sufrir los ataques de los grupos terroristas, quienes buscan la venganza y transformando así a los ciudadanos en víctimas colaterales. Lo mismo hace Israel con los palestinos; bombardean a éstos por los ataques cometidos por Hamas, y se practica una violación del Derecho Internacional que garantiza la protección de la población civil en una época de guerra. Podemos repetir las mismas palabras que Richard Lebévière dirigía a George Bush, como el responsable directo del terrorismo global y cómo sus acciones militares generaron víctimas colaterales (el radicalismo y el odio contra Occidente en los países islámicos). “No, señor Bush, el mundo no es ni más seguro ni más pacífico tras su guerra de Iraq [también los intentos occidentales por derrocar a Bashar al-Ásad, Siria]. Todo lo contrario: su guerra ha canalizado el terrorismo en un país que, a diferencia de sus vecinos, jamás había utilizado el terrorismo internacional para satisfacer intereses nacionales. Del epicentro de la crisis iraquí, de esa nueva cantera de terrorismo internacional creado por usted, proceden los fanáticos que asesinaron a 191 personas que

⁸ *BBC Afrique*, « Loi contre le terrorisme au Sénégal : pourquoi c'est si controversé ? », 28 juin 2021. <https://www.bbc.com/afrique/region-57615840> ; Le Point, « Sénégal : de bien controversées « lois antiterroristes » », 27 juin 2021. https://www.lepoint.fr/afrique/senegal-de-bien-controversees-lois-anti-terroristes-27-06-2021-2432996_3826.php ; Desfourneaux, E. (2021). « La bombe à retardement de la loi sur le terrorisme », *Senepius*, 12 juillet, <https://www.senepius.com/opinions/la-bombe-retardement-de-la-loi-sur-le-terrorisme> ; Loi n° 2016-29 du 08 novembre 2016 modifiant la loi n° 65-60 du 21 juillet 1965 portant Code pénal. <https://www.sec.gouv.sn/sites/default/files/2022-04/Loi%20n%C2%B0%202016-29%20du%2008%20novembre%202016%20modifiant%20la%20loi%20n%C2%B0%2065-60%20du%2021%20juillet%201965%20portant%20Code%20p%C3%A9nal.pdf> ; Loi N° 2007-01 du 12 février 2007 modifiant le Code Penal, https://www.centif.sn/Loi_2007_01.pdf

un día de marzo de 2004 cogieron en Madrid un tren sin retorno. ¿Responderán un día, usted y sus cómplices, de estos crímenes ante un tribunal?” (2004:26).

La santificación de la lucha contra el terrorismo, sobre todo vía la represión y la humillación (en Guantánamo, violando el derecho y ejerciendo la arbitrariedad) no terminaron con el fenómeno, sino se convirtieron en un *efecto llamada* y una cruzada de los grupos extremistas contra los países occidentales (sus aspiraciones de terminar con el infiel que se atrevió a humillarlos, sobre todo para sujetos que parten de culturas que valorizan el honor). Por eso, creo que podríamos afirmar que, el anti-yihadismo ideologizado alimentó la yihad. En vez de utilizar el enfoque belicista, sin olvidar la relevancia de la seguridad, se debería de tratar de entender por qué estos grupos “odian” a Occidente (son cuestiones complejas que no pueden reducirse a meros simplismos). Resumir todas estas paradojas a meras diferencias culturales o civilizacionales, significa distanciarse del fondo de la cuestión y tiende a explicar los fracasos de las políticas contra el terrorismo (por ejemplo, el fracaso del G5 Sahel). El terror no se derrota aplicando únicamente el Derecho (castigo penal) y las armas, sino que se necesita un enfoque holístico. Se focaliza más en los efectos y se tiende a olvidar el porqué de sus acciones y las razones que motivan el radicalismo. Sin un diagnóstico ‘frío’ de estos desafíos (menos emocional), no habrá una estrategia eficaz contra la violencia. Desgraciadamente, a la hora de estudiar estos problemas, los analistas priorizan el aspecto psicológico, militar, criminológico y el derecho, y dejan de lado la dimensión religiosa, cultural y sociológica (ethos de los jóvenes que van a la yihad, sus contextos familiares, socioeconómicos, etc.).

Muchos jóvenes no cuentan con la *escucha (hermano mayor)* durante los periodos cruciales de la juventud, y ante este abandono, basculan en el fanatismo como su manera de autoafirmarse. Para hacerse ver u oír, aplican la violencia como su estrategia comunicativa. Sin embargo, existe otro fenómeno que no ayuda a mitigar el problema, es decir, sentirse caricaturados por la sociedad (fuerzas de seguridad, políticos y los medios de comunicación), sobre todo si son presentados como los “sospechosos habituales” (Scandroglio, 2009:13), terminan por aceptar esta realidad y actúan violentamente. En el marco europeo, los jóvenes de origen africano, magrebí, latino, gitanos, etc., son categorizados como los *sospechosos primarios* en todos los casos delictivos, o los que podríamos denominar los “desechados” de la sociedad industrial y los sujetos de segundo grado e invisibles para la cultura hedonista. De ahí siguiendo la noción de la “seguridad pública”, reducida a control y castigo, también la inmersión en sus espacios privados por los mecanismos estatales, se tiende a manipular las evidencias, torturar, etc., a miembros de estos colectivos, no buscando con ello garantizar la paz interior, sino los intereses de una minoría que considera a éstos como peligrosos. En algunos países, inundan los espacios habitados por estos grupos con sustancias ilícitas y favoreciendo la delincuencia como la menara de permitir su autodestrucción (subordinación), cuando podrían implementar políticas que favorezcan su progreso moral e intelectual al beneficio común. En otros contextos (conflicto israelí-palestino), se recurre a la provocación para despertar en ellos las ganas de reaccionar como un pretexto para utilizar las fuerzas del Estado.

En todos estos sistemas, la ‘seguridad’ es equivalente a ‘control’ y no la inclusión, ni la comunidad viendo a las fuerzas de seguridad como parte de sus realidades cotidianas, sino como enemigos e instrumentos opresivos. Esto me lleva a considerar que, sin la empatía y la humanización de la labor de seguridad pública, nunca lograremos terminar

con la dinámica de confrontación entre la población y los uniformados. Aprobar leyes y superar unas pruebas físicas para convertirse en un agente-jurado no basta, se ha de repensar el modelo, porque, en vez de razonar en los momentos de actuación, observamos una servidumbre: brutalidad, obediencia ciega e irreflexiva, materialización de decisiones ilegales, etc. Los hombres uniformados se parecen a autómatas, y sus acciones alientan la desesperación juvenil, el radicalismo y la desconexión entre el poder y la sociedad. Eso sí, podemos considerar a este hecho como la consecuencia del fracaso del “Estado” (en su dimensión filosófica o la búsqueda del bien común), dado que, desde la *elitización* de las aspiraciones colectivas, los intereses colectivos han transformado al Estado en una fuerza bruta y cínica (cuestiones políticas, jurídicas y financieras) que provoca en los demás las ansias de utilizar la violencia (como predica el anarquismo) para derrocar a la “fuerza pública” desvirtuada. Todos estos mecanismos son cómplices en la destrucción de la sociedad y el auge de la violencia, porque en vez de llevar a cabo su misión inicial, se han situado frente al pueblo, acaparando los bienes que deberían de servir a la colectividad, permitiendo los desahucios, las humillaciones, las injusticias, las mentiras políticas e institucionales, etc. En suma, sus acciones eliminan la confianza y el Estado ha dejado de ser el símbolo de la unidad, sino la división. Ahora lo que prima es la tiranía de la legalidad y el cinismo político, es decir, solamente los vulnerables tienen la obligación de cumplir las leyes, los poderosos la pueden violar a su antojo indennemente.

En el marco de la lucha contra la violencia, medios y políticos pasan las horas aplicando estrategias reduccionistas e ineficaces, considerando que la violencia se resuelve mediante la violencia, de ahí se creen legitimados para proyectar sobre algunos segmentos de la sociedad los motivos del fracaso colectivo, siendo así los pretextos para vigilar a los considerados “peligrosos”, cuando deberían de vigilar a los verdaderos criminales situados en las esferas de toma de decisión: una banda de hipócritas. No enseñamos ni tratamos de disuadir mediante la educación y el ejemplo, sino a través del castigo y la exclusión; cuanto más cruel es el método, mejor para los decidores. Lejos de ofrecer los resultados esperados, genera más contradicciones, dado que la existencia sigue las reglas de una dialéctica de confrontación que empieza como una retórica (ideología racista) y termina en acciones violentas. Siguiendo los caprichos del *Leviatán* e idealizando el maquiavelismo político como filosofía política por antonomasia, hemos creado (sobre todo a partir de la era poscrisis económica de 2008) el resurgimiento del odio y el neofascismo que explotan las diferencias como pilares del funcionamiento político. De esta manera, si la política se situaba como la vía para expresar las aspiraciones colectivas, ahora es la mecaniza que mueve las ideologías y los intereses irreconciliables e irracionales, secuestrando así el verdadero fin del Estado (la garantía de la igualdad).

El Estado actual es el primer responsable de la radicalización de sus ciudadanos y la creación de sus enemigos externos, porque utiliza el poder camaleónicamente, es decir, no existen valores ni la ética cuando hay intereses en juego: saben que las armas que venden generan las guerras y la destrucción, pero se focalizan en el valor económico; luego, grupos extremistas utilizan las mismas armas para atacar a sus poblaciones. Por eso, muchos gobiernos tienen las manos manchadas y no son mejores que los terroristas. Esto me lleva a preguntarme con frecuencia si el Estado en sí no necesita a estos grupos extremistas y las organizaciones fascistas para justificar su existencia en una época en la que la economía ha debilitado su poder. Ya que el capitalismo le ha vaciado, borrando sus

fronteras, para seguir existiendo, necesita una motivación superior, y uno de estos pretextos es la lucha contra el terror y la violencia: indicar que tiene la misión de promover el orden. Pero ¿a qué orden nos referimos? ¿El orden constitucional o el orden según los criterios del príncipe? Además, analizando el panorama de la lucha contra el terror, uno se pregunta si verdaderamente estos grupos simbolizan el odio o son instrumentalizados. Sin importar las respuestas, creo que, con la ausencia de medidas coherentes (justicia social), no lograremos erradicar estos problemas ya que tienen sus raíces en las injusticias. Mientras que algunos se justifican en los valores cristianos de la sociedad occidental para atacar al terrorismo religioso cuando en verdad viven de una manera arreligiosa, podríamos valorar la postura del juez Baltasar Garzón, que analiza las paradojas de las sociedades europeas: “Frente a esta realidad nos encontramos que los Estados europeos, incluido el español, no ataca a fondo las raíces de este problema ni ponen soluciones a sus consecuencias, siendo más necesario que nunca concienciar a la sociedad civil elemento equilibrador de esta realidad” (en Ibarra, 2014:12).

Para éste, podemos situar estos conflictos en el marco de las complejas relaciones entre el sujeto y las instituciones (organismos) fascistas, sobre todo por la perversión del Estado de Derecho o la mercantilización de las leyes a favor de unos y utilizadas en contra de otros. Así, no solamente se simboliza el odio (la violencia), sino también la violencia se transforma en una realidad sociopolítica. De esta manera, para las víctimas, llegan a considerar a la violencia como el único medio para terminar con ella. De ahí grupos radicales (bandas, terroristas, etc.) creen que la única manera de terminar con esta realidad es aplicando la violencia: la violencia estatal atrae la violencia extremista. En este marco, podemos hablar de la importancia de garantizar la legalidad, sobre todo siendo la misión del Estado, su obligación de ejercer como defensor de la paz social y custodiar sus fronteras sin por ello tener que aplicar la tortura, ya que no produce el efecto deseado, más bien radicaliza a los vejados. Esta actitud estatal, es decir, pensar que se va a derrotar a los extremistas siendo extremista él mismo, infiltrando las privacidades de los ciudadanos y perfilando a los sujetos, no ayuda a mitigar el problema, sino que crea más desconfianzas entre sociedad e instituciones. El hombre tiende a rebelarse contra todo aquello que perturba su libertad, y en la supuesta lucha contra el terror, se viola sistemáticamente la libertad. Sobre esto, personalmente me interesan las cuestiones islámicas y me gustaría estar en el terreno investigando, pero cuando analizo las metodologías de las fuerzas de seguridad (la policía secreta y sus seguimientos absurdos), me detengo de visitar ciertos centros culturales para no ser tildado de islamista o cómplice. Por el simple hecho de ser negro y denunciando las barbaridades, me categorizan como un “peligro”, no me quiero imaginar qué no podrían hacer viéndome en estos espacios.

Puede parecer insignificante, pero desde una perspectiva de relación de confianza entre los ciudadanos y el Estado, la paranoia estatal que consiste en creer que todo contacto con el islam te convierte en terrorista (sospechoso), siembra lo que Ibarra (2014:17) llama “tanatopolítica”, o sea, acciones centradas en generar la muerte (del griego, *tanatos*). Aquí, no se aplica la muerte física como hizo el nazismo con los judíos, sino la indiferencia ante el sufrimiento ajeno y el control de la libertad; los bombardeos que llevan a cabo los europeos en otros territorios, ni la muerte de miles de jóvenes migrantes en el mediterráneo, despiertan los sentimientos de indignación, la empatía y

cuestionamientos sobre la responsabilidad de sus dirigentes / empresas en estos horrores, sino solamente se acuerdan del drama cuando se aplica el mismo horror contra la población. Mientras que siga habiendo la muerte lejos de las fronteras nacionales, no hay inquietud, el interés por la paz mundial empieza una vez que golpean sus ciudades. ¿Causas de esta realidad? Actualmente, en Occidente, se produce una lucha entre la asimilación y la integración, un debate generado por la dinámica migratoria de las últimas décadas. Históricamente, se consideraba a Europa como territorio cristiano, pero con la llegada de los migrantes, en particular de África negra y los países musulmanes, se ha producido una dinámica que altera algunas prácticas sociales y el debate acerca de la relevancia de reconocer la validez de todas estas cosmovisiones. Sin embargo, dicha dinámica de interacción no siempre fue fácil, dado que, mientras que algunos optan por el multiculturalismo, otros creen que los nuevos llegados deben de integrarse, lo que significa el abandono de sus creencias para adoptar las de la sociedad de acogida; sin una clara orientación acerca de cómo organizar la sociedad, surgen los conflictos culturales.

De ahí para ciertas ideologías, la asimilación-integración es la única alternativa, porque los ‘otros’ no pueden estar en la sociedad con otros modelos diferentes. De esta manera, aparte de ser lo que alimenta la tensión pública, ilustra la dinámica sociopolítica actual de la mayoría de los países europeos: unos tratando de imponer lo monocultural, y otros resistiendo mediante la promoción de unos valores alternativos (religión, tradición, orientación sexual, etc.), siendo factores claves a la hora de explicar la islamofobia y cómo esto alimenta el discurso fundamentalista. Es decir, para éstos, Europa es intolerante y no acepta su forma de ser, de ahí para afirmar su presencia, creen tener la obligación de abrazar la fe islámica. Es en este contexto que se alimentan los discursos fundamentalistas, xenofóbicos e islamofobia. Son discursos contruidos en base a las mentiras y los mitos, sobre todo contra la población migrante y musulmana. De manera que, las tendencias racistas y totalitarias, sintiéndose amenazadas -su derecho absoluto de reclamar la superioridad de su cultura- recurren a la violencia. Otros ven la llegada de los migrantes (la fe islámica en Europa) como una pérdida de la hegemonía europea y el riesgo de convertirse en las nuevas minorías en el marco de la economía global y las alianzas geopolíticas. De ahí resistiendo a esta realidad, resurgen los viejos fantasmas que llevaron a Europa a la gran guerra, es decir, el resurgimiento de la extrema derecha que focaliza su discurso en el odio al islam y los migrantes (VOX, Frente Nacional, etc.).

Islamofobia: para ilustrar los desafíos en torno a la islamofobia y su importancia en la generación del radicalismo o la confrontación de las comunidades, cabe mirar el episodio producido en Premià de Mar (Barcelona, 2002), cuando una comunidad musulmana de la localidad, siguiendo la libertad de culto garantizada por la Constitución y habiendo reunido los requisitos legales para construir una mezquita, se enfrentaron con la oposición de los nativos que protestaron en contra de la edificación del edificio religioso, produciendo así una dinámica de confrontación entre la comunidad musulmana-migrante y los nativos no musulmanes que veían la presencia de esta comunidad como una amenaza contra sus valores culturales. De esta manera, no solamente se produjo una lucha entre las comunidades, sino que, para algunos, significó una tensión racial dado que, para los que se opusieron a este proyecto, los musulmanes en sus barrios vienen de otros países, defienden otra cultura y forma de vida distinta a la de la mayoría. Dicho esto, más allá de las diferencias religiosas, ¿en qué reposaba el conflicto social y los motivos del rechazo?

Podríamos indicar que, entre los nativos había una representación simbólica-negativa de la mezquita (en territorio cristiano) y las posibles consecuencias de tener a semejante clase de edificio en sus barrios, es decir, el riesgo de atraer a más musulmanes o una comunidad migrante en la localidad, dejando a los nativos en una situación de minoría.

Pero una de las razones que avanzaron los nativos era el riesgo a que la mezquita se convirtiera en un centro de adoctrinamiento, y también podría generar nuevos desafíos: las exigencias de garantizar los valores democráticos, la tolerancia, la convivencia, la diversidad cultural, etc. En este proceso, se pudo observar la actuación de los extremos y sus efectos: “Ambos bandos contaron con apoyos externos, los contrarios a la mezquita por parte de la ultraderecha; sus oponentes, de organizaciones antirracistas. Como se verá, la cuestión tuvo una considerable repercusión política y mediática y fue mostrada como ejemplo de las supuestas incompatibilidades de convivencia que acarrea el asentamiento de población procedente de la inmigración pobre no europea, dada sus creencias y costumbres, pero también la asociación de su imagen a la marginalidad social y el crimen. El conflicto alcanzó niveles de crispación importantes en los que, en algún momento, se llegó al enfrentamiento físico entre los sectores en oposición” (Manuel Delgado, Prólogo, Lundsteen, 2022:11). Dicho esto, ¿podemos calificar la reacción de la comunidad autóctona como consecuencia de la islamofobia o un mero rechazo a la especulación de la tierra de parte de los promotores inmobiliarios que utilizaron la ocasión para fomentar la gentrificación? Más allá de la negación de la mezquita en su localidad como un signo de confrontación identitaria, para estos tipos de barrios, la presencia de semejantes infraestructuras suele alimentar una nueva dinámica política, es decir, movimiento que consideran que dichas infraestructuras generan más mal que bien, de ahí tienden a reaccionar negativamente, adoptando las estrategias NIMBY (*Not in my backyard; No en mi patio de atrás*). Similares posturas adoptan las comunidades afroamericanas en contra del racismo ambiental, es decir, el hecho de que sus comunidades sean utilizadas para verter productos tóxicos y nocivos para la salud pública.

Eso sí, ¿supone esta reacción una autodefensa contra los mecanismos capitalistas o el miedo al islam? En el contexto de Premià de Mar, se trataba de alejar de sus barrios algo que consideraban peligrosa y fuente de riesgos, es decir, la mezquita convirtiéndose en un centro de adoctrinamiento y no como un edificio religioso que necesita la comunidad musulmana. De ahí el sentido de su organización en una colectividad en contra del proyecto. Sin embargo, no quita que podamos plantear cuestiones: ¿si los promotores de la mezquita reunieron los requisitos para su edificación, por qué la reacción islamófoba?, ¿por qué fracasó el proceso de diálogo e implicación de la comunidad autóctona en la planificación inicial?, ¿hubo un ocultamiento de la información de parte de la administración para no levantar la reacción?, ¿O fueron los musulmanes de la localidad víctimas de los intereses económicos y burocráticos?, etc. Las respuestas pueden ser múltiples e insatisfactorias, pero lo cierto es que, la negación de la edificación de la mezquita fue motivada por el miedo al islam, una religión vista como “peligrosa”, y la disputa de valores irreconciliables de parte de algunos autóctonos, generando así la islamofobia. Además, se pudo observar la aceptación de los musulmanes como una comunidad más dentro del conjunto sin por ello aceptar sus infraestructuras que consideraron que debían de estar lejos de sus barrios (*te tolero, pero te quiero lejos*).

Esta actitud estaba motivada por la divulgación de la idea de una supuesta invasión de los migrantes-musulmanes. Analizando este caso, podemos considerar que el rechazo al islam no suele ser por puras cuestiones culturales, sino también por otros factores muy complejos: “Esa condición de indeseable de un emplazamiento no implica no reconocer su necesidad; es solo que se prefiere que sea en otro sitio, cuanto más lejos mejor. En el caso que trata este volumen [Premià de Mar], nadie de entre los movilizados en contra de la mezquita cuestionaba el derecho abstracto y universal que asiste a los fieles de una religión a contar con un espacio en que practicarla en común. Lo que se impugnaba era la decisión administrativa de admitirlo allí, cerca de sus casas. En este caso, la mezquita era reconocida como una instalación adecuada a principios, leyes y normas, pero al mismo tiempo nociva y contaminante, puesto que se daba por supuesto que sus usuarios iban a pertenecer a un grupo humano cuya mala reputación acabaría impregnando o incluso saturando todo el ambiente a su alrededor” (Manuel Delgado, prólogo, Lundsteen, 2022:12-13). Ante semejantes casos, la presencia de estas comunidades (migrantes, musulmanes, negros, africanos, etc.) genera en los nativos una dinámica de ansiedad o fobia por el desconocimiento del “otro”, de ahí dejándose guiar por unas narrativas que asocian la violencia con estas comunidades, los nativos muestran un rechazo que viola los derechos fundamentales de estos grupos, o sea, la libertad de culto, acceso a la vivienda, igualdad de oportunidades, etc. Esto hace que, siendo víctimas del miedo a lo ‘extraño’, se sumergen en *un estado de alerta* (bloqueo psicológico, los prejuicios) que dificultan los diálogos y siembran las violencias entre las comunidades: la proyección negativa del otro termina induciendo a los más radicalizados a la violencia.

Para el europeo promedio, el negro, magrebí, musulmán, migrante, etc., es una amenaza, hecho que explica por qué cuando estos grupos dominan ciertos barrios, los nativos se trasladan o buscan sus mecanismos para distanciarse de ellos, generando así los guetos y las periferias culturales. De esta manera, la ansiedad o el miedo al otro genera el odio (el racismo), que luego da paso a la islamofobia y el hecho de considerar la fe islámica como base del terrorismo. Esto nos lleva a creer que la dictadura de los prejuicios contribuye a generar los barrios marginalizados (los más allá), y si sumamos a estos factores la llegada masiva de migrantes de otras culturas y religiones en países como Italia y Grecia, se observa una histeria entre los nativos que hablan de escenas de invasión y su derecho de autodefenderse contra los invasores. Visto en el marco del radicalismo, el hecho de situar a estos individuos fuera del orden social (y vistos como adeptos de otras religiones, culturas, valores, cosmovisiones, etc.), o considerar que, como comunidad, “existe, pero no debiera de existir” (Lundsteen, 2022:21), se crean espacios donde los “otros” del sistema capitalista se reagrupan para afirmar sus identidades. De ahí en vez de observar una mera diferencia religiosa y étnica, la dinámica social se vuelve más compleja, porque las cuestiones identitarias pasan a explicarse en base a la noción de clase: los pobres versus los ricos, territorios inestables y conflictivos versus los barrios pacíficos, etc.

Por eso, en situaciones donde la población cuestiona la edificación de una mezquita, no es por un mero rechazo al islam, sino a lo árabe (arabofobia y magrebí, igual terrorismo), y desde una perspectiva sociológica, para los nativos, estos grupos no son “vecinos”, sino inmigrantes-musulmanes, personas con las que no comparten las mismas realidades, pasando así a ser la razón detrás de la *geutización* (2022:17). También podemos considerar que la violencia en estos territorios suele producirse mediante las

confrontaciones entre los descendientes de la clase autóctona pobre y los migrantes, por ejemplo, las bandas de extrema derecha y aquellas formadas por los hijos de los migrantes nacidos en el país y que tratan de afirmar su identidad (nacionalidad). A pesar de su condición de ciudadanos, para los nativos, por el mero hecho de ser diferentes fisiológicamente, son marroquí, latinos, negros, etc. De ahí la confrontación surge como consecuencia de los esfuerzos de cada bando por mostrar su superioridad o derecho de estar en el territorio. En esta dinámica, los sujetos pertenecientes a estos grupos son vistos como iguales, y sobre ellos proyectan el miedo, la criminalidad y el terror. De ahí no se produce una mera lucha de clases (descrita por Marx), sino que la tensión gira en torno a la afirmación y el control del territorio (barrio) entre las distintas facciones que componen la clase pobre y trabajadora e inmigrante. En otras palabras, la islamofobia y el radicalismo van de la mano, y surgen de la dinámica de los conflictos de convivencia. También se generan en el marco de las tensiones entre las realidades sociales y los intereses capitalistas, es decir, la presencia masiva de migrantes en una localidad baja los precios de los alquileres, ya que los autóctonos abandonan estos barrios; se producen desafíos culturales y debates en torno a los derechos humanos y la tolerancia, como puede ser, cómo integrar a los musulmanes en los centros escolares y respetar sus costumbres sin perjudicar a la mayoría (problemas en torno a la alimentación/*halal* y la vestimenta).

Paradójicamente, en estos contextos, los derechos humanos dejan de tener un valor universal y son reservados únicamente para los nativos, generando así un ambiente ideológico donde la presencia de estos colectivos constituye un pretexto explotado para lapidar a la democracia. ¿Qué plantean como paradigma estos grupos intolerantes? El desencuentro o la lucha entre las culturas, presentando a los valores occidentales como superiores e incompatibles con el islam: “Si a la crisis económica, originada por la dinámica de acumulación de capital y su modelo neoliberal y no por los inmigrantes, se le suma una crisis del proyecto democrático progresista y de la sostenibilidad del Estado de bienestar, el impacto es aún mayor. Ese rechazo de gran parte de la población a compartir y vivir en igualdad de trato en materia de empleo, sanidad, educación y todo tipo de atención asistencial se viene constatando no solo en las encuestas oficiales, sino que también se manifiesta en situaciones discriminatorias y de hostigamiento en la vida cotidiana. En ese contexto, la ofensiva xenófoba obtiene sus mejores resultados y, más allá de la hostilidad hacia los chivos expiatorios elegidos, ataca directamente la cohesión democrática y la convivencia integradora de la diversidad, mediante un uso perverso de cualquier conflictividad social generada a partir del fenómeno de la inmigración, del pluralismo religioso y de la diversidad social o cultural” (Ibarra, 2014:57).

4.0 JUSTIFICACION DE LA YIHAD ENTRE LOS FUNDAMENTALISTAS

El yihadista es un *cobarde*. Es cobarde en el sentido de que, aparte de utilizar la violencia para justificar sus acciones (ideologías), recurre a víctimas inocentes para materializar su odio contra la sociedad. Es cobarde porque planifica a escondido el terror destinado a una sociedad al margen de las actuaciones de sus decisores. No obstante, limitar la esencia de sus actuaciones a cuestiones psicológicas es un grave error, porque para entender el fenómeno de la radicalización y la violencia, hemos de entender qué motiva a un yihadista a planificar la destrucción de la sociedad. Existen causas directas, indirectas y colaterales, es decir, factores religiosos, ideológicos y los errores de la propia sociedad que sirven

como pretextos. En este apartado, analizamos algunas razones por las cuales los jóvenes europeos se suman a la yihad y deciden atacar a comunidades donde nacieron o crecieron.

Dimensión psicológica del terrorista (bandas, extremistas, etc.): el terrorista actúa por “convicciones”, pero a la hora de llevar a cabo sus planes (ejecutar su misión), lo hace de una manera irracional; no considera las repercusiones de sus acciones como un “mal absoluto” ni se detiene a analizar las repercusiones de sus acciones, sobre todo los daños colaterales, ya que, para él, este mal es un mal necesario para cumplir su objetivo: debilitar el Estado o defender el honor y la religión que considera víctima de las vejaciones de una civilización opuesta. De ahí celebran las tragedias tras cada atentado. Dicho esto, en términos psicológicos, ¿qué calificativo podríamos dar a las intenciones del radicalizado?, ¿son fruto de una frialdad o del sujeto sin emociones? Con frecuencia, tienden a ser personas que actúan por la rabia, una reacción contra el engaño societal, promesas incumplidas, la búsqueda de la adrenalina, el placer, psicopatía y actuar de una manera impredecible, etc. También hay los que buscan un “motivo superior”, es decir, “porque esto o lo otro”, para lanzar una bomba y atacar a sus víctimas, aunque sea un motivo irracional. Tiende a ser un factor clave detrás la actuación de los extremistas. Eso sí, para los terroristas, la derrota del bando opuesto significa una ocasión para celebrar, visible sobre todo tras la destrucción de las Torres Gemelas; se interpretó como la derrota del sistema occidental y la victoria del islam sobre las fuerzas arreligiosas, una lucha entre el bien y el mal, la tradición sobre la modernidad, etc. Por lo que, desde una perspectiva psicológica, podemos considerar que su esencia depende de la tragedia del otro, y existen patrones psicológicos del radicalizado: primero, está la realidad del individuo definido por una conducta violenta (vía un proceso lento y rápido), o aquellos factores individuales que empujan a estas conductas (bandas, crimen o terrorismo); segundo, aquellos factores que motivan al sujeto a unirse a estos grupos o abrazar las ideas extremistas (que en sí son complejas y pueden variar según cada individuo y contexto sociopolítico).

Visto esto, ¿cuál es la noción psicológica de un terrorista?, ¿qué es un terrorista? No existe una definición consensuada, y lo que existe es una definición peyorativa y ligada al hecho violento, de ahí no podemos considerar sus acciones como una mera violencia o el deseo de aterrorizar a otros, sino son unas acciones motivadas por la ideología, disputas políticas y religiosas de grupos reducidos, intenciones ocultas o clandestinas que persiguen la destrucción de la “Autoridad” (el Estado) vía la violencia. Eso sí, cuando hablamos de actos “terroristas”, no hemos de mirar solamente a estos grupos extremistas, también las acciones ilegales de los Estados pueden considerarse terroristas, sobre todo si buscan el sabotaje mediante la realización de violencias inhumanas (similares episodios fueron desarrollados durante la Guerra Fría, resistencia del Estado colonial contra los reclamos nacionalistas, asesinando, torturando, etc.). Dicha realidad lleva a considerar dos clases de terrorismo o violencia extremista: “violencia desde arriba” (acciones de las instituciones) y “violencia desde abajo” (los grupos extremistas) (Horgan, 2006:26). En el caso de los Estados, se trata de una violencia que reposa en la violación de la legalidad, mientras que aquellas violencias cometidas por los terroristas o grupos radicalizados, representan su manera de vehicular una comunicación, y en términos psicológicos, pretenden infundir el miedo a sus adversarios, sea de manera simbólica o asesinando, como fue el trágico episodio del americano Nicolas Berg, que fue degollado para enviar un mensaje a Estados Unidos. Otro modelo fue el ataque de Al-Qaeda a EE.UU., con el

fin de humillarle políticamente y destruirle simbólicamente, y también avivar los sentimientos fundamentalistas para aumentar sus adeptos. ¿Qué es un terrorista? Ofreciendo una respuesta desde la psicología (motivaciones de sus conductas), diríamos:

“Lo que concebimos como terrorismo implica el uso o la amenaza de violencia como medio para alcanzar algún tipo de efecto dentro de un contexto político. Esta definición es muy general, pero indica el consenso más amplio (y aceptable) al que podemos llegar sobre qué es terrorismo; cuando intentamos ir más allá de esta descripción, surgen problemas. Desde una perspectiva psicológica, la dimensión política del comportamiento terrorista quizá sea una característica importante incluso en los análisis más simples que diferencian entre terrorismo y otros tipos de delitos (como los homicidios u otros actos violentos cometidos por razones personales, desde la violación hasta los asesinatos de motivación sexual). Es un detalle evidente cuando se reflexiona sobre ello, pero no por obvio deja de tener implicaciones importantes de cara al análisis psicológico. [...] El terrorismo tiene un carácter evidentemente instrumental. En muchos casos, parece que el objetivo del terrorismo sea únicamente extender el miedo, la inquietud y la incertidumbre a una escala más amplia que la que sería posible atacando sólo a la víctima, para así influir en el proceso político y el funcionamiento normal que de él se espera. La forma de lograr estos fines por parte de los movimientos terroristas está determinada por una serie de factores, entre los que destacan la ideología del grupo y su disponibilidad de recursos, conocimientos y experiencias, entre otros” (Horgan, 2006:25-26).

El terrorista actúa motivado por un radicalismo que fundamenta vía unas motivaciones o razones que considera justificadas. En este sentido, desde el simplismo, se tiende a considerar a sus motivaciones como el resultado del “odio” contra los países que ataca. Por ejemplo, analizando los atentados terroristas perpetrados en Europa en 2015 (*Charlie Hebdo* y *Bataclan*, París), se utilizó un lenguaje que categorizaba en vez de focalizándose en las causas, es decir, consideraron al sujeto como un “extranjero” o alguien distante de la realidad colectiva, de ahí buscaba su destrucción. Hablando de los perpetradores de estos episodios, los expertos decían: “Se trata de un francés de origen maliense” (Spiezia y Faggiani, 2022:31); “El terror se convierte, por su racionalidad, en elemento capaz de poner en riesgo los tradicionales valores europeos, además de nuestras costumbres de vida” (2022:31). Para los defensores de este enfoque, los terroristas atacan a Occidente por una mera cuestión de “odio” a sus valores. Aparte de ser una explicación reduccionista, se distancia de la realidad que en sí es compleja. Cabe mirar el caso del joven belga, Tarik Jadaoun, que se sumó a Dáesh; según él, por las vejaciones que sufría del sistema judicial belga y tras su paso por la cárcel. Para él (también la mayoría de los jóvenes), se trataba de un intento por huir de un ambiente que veía como hostigador, y por sus frustraciones o rabia ante las limitaciones del sistema del que no se identificaba.

Para los demás, su radicalismo nacía de las injusticias vividas en estos países, la búsqueda de la justicia divina, el lujo (bienes materiales), la demencia y sus deseos de alejarse de una comunidad considerada infiel, buscando así territorios donde practicar su fe islámica, y persiguiendo como premio el paraíso / *jannah* o el martirio como recompensa (Cebrián, 2021). También hay los que focalizan sus actividades extremistas en la búsqueda de referencias (pilares religiosos) ante la pérdida de los modelos morales y religiosos en la sociedad occidental; cuestionan el modelo nihilista de sus sociedades de acogida y ven a sus ideales extremistas como una “contra cultura” o una alternativa al sistema mediante el abrazo de los valores ortodoxos. A pesar de vivir en sociedades laicas y guiadas por la

Constitución, la mayoría de estos elementos consideran las leyes coránicas como sus normas supremas y sobre las que basan su moral y vida cotidiana. De ahí ambicionando con crear una sociedad distinta y basada en las enseñanzas islámicas, utilizan el fundamentalismo para crear un Estado teocrático que, más allá de la búsqueda de la salvación, mediante el cumplimiento de la moral religiosa, en términos políticos y geopolíticamente, su existencia depende de la destrucción del “otro” (comunidad alternativa, el “infiel”, Occidente, etc.) vía la yihad (cf. la noción de *yihad* en Cheikh Ahmadou Bamba, fundador de la cofradía sufi *muridiya* o *mouridismo*: significa luchar contra uno mismo, el ego e ir contra el materialismo, no así una guerra militar).

Para estos grupos, la “guerra” es un hecho político que debe darse; para Jean Baudrillard, el terrorismo intenta llevar una guerra simbólica contra Occidente mediante la superación de la muerte. En el marco de análisis de las cofradías autóctonas y la dinámica migratoria, ya no se utiliza la noción de *raza*, sino el “racismo diferencialista” (Étienne Balibar, 1991) y “fundamentalismo cultural” (Verena Stolcke, 1995) para resaltar las diferencias (en Lundsteen, 2022:170-171). Razones: “En un momento de posmodernidad y nihilismo, el yihadismo se presenta como un remedio para los perdedores del sistema. Un sistema que, con el impacto de la globalización, el liberalismo, el secularismo y la modernidad, ha dejado a parte de la población adaptada a la nueva realidad global. No todos los pueblos, comunidades y culturas se han acostumbrado a la erradicación de la tradición, a la supresión de la religión, a la consideración de los valores de igualdad o a la acuciante desigualdad económica. El Estado Islámico y las demás organizaciones yihadistas surgen entonces como una vía alternativa que discurre en la dirección opuesta. Una dirección que confía en la evolución mediante la regresión a un tipo de sociedad y política propio del siglo VII d.C., del tiempo de las tres primeras generaciones del islam” (Cebrián, 2021:17).

La paradoja está en que, no solamente se suman los jóvenes radicalizados a la yihad, sino también adolescentes procedentes de diversos ámbitos sociales en los países del Norte global. Si durante la guerra afgana contra los soviéticos los luchadores eran mayoritariamente hombres (muyahidines, 1979-1989), en esta década, la dinámica terrorista sigue otra realidad que es más compleja: contamos con la participación de las *novias yihadistas* y menores nacidos en los territorios ocupados por los yihadistas, de ahí la dificultad de los Estados para distinguir entre la lucha terrorista y la protección de los derechos humanos (protección de los niños nacionales de países occidentales). En cuanto a las mujeres que dejan Europa para ir a los territorios bajo dominio fundamentalistas (Siria e Irak), entre los motivos que tienden a brindar, está la intención de seguir a sus maridos y habitar en espacios donde pueden practicar el islam libremente, o dadas las dificultades para gozar de una libertad de culto (su identidad religiosa). También hay los que fueron engañadas por sus maridos, es decir, algunas mujeres fueron invitadas a viajar a países como Turquía, Irak y Siria, y una vez que abandonaron sus países, fueron atrapadas en estos territorios donde eran forzadas a criar hijos o el matrimonio forzado.

Sobre esto, podemos analizar las experiencias de las jóvenes españolas, Yolanda, Luna, Romina y Lubna Mohamed Miludi (de Ceuta y Madrid (en Cebrián, 2021)), que terminaron viviendo en los territorios de Dáesh. Para Yolanda, que viajó a Siria en 2014, junto con Luna, su incorporación a este ámbito empezó cuando siguió a su marido que buscaba un lugar idóneo donde criar a sus hijos en la fe islámica, ya que resultaba difícil

practicar su fe en España. Vía una entrevista que tuvo con Cebrián (2021), en el campamento Al Roj, decía la joven: “En España, para mí era muy difícil. Yo llevaba el velo largo y hasta los propios musulmanes me repudiaban. Me decían: “Pero si tú no eres árabe”. Y el Estado español dice que hay libertad de expresión, religión y cultura. “Halas, se acabó”, les decía, “déjame en paz; yo estoy en mi país, tú no estás en tu país, ¿no?” Cada uno es libre de hacer lo que quiera, pero yo también quiero mi libertad para hacerlo, y esa libertad no la tengo en España. Entonces por eso vivimos aquí. Yo he tenido una vida normal: mi marido iba a trabajar y volvía para comer a casa, y luego se iba a trabajar y volvía para dormir. Tú no encontrarás diferencias [con otros países], lo único es que aquí puedes llevar el *niqab* y ser musulmana” (Cebrián, 2021:44-45).

Partiendo de estas experiencias, la pregunta que planteamos es, ¿qué motiva a un joven europeo a unirse a la yihad y querer la destrucción de su sociedad? Además de las ideas enumeradas anteriormente, existe la atracción por la aventura (ir a la guerra para transformarse en héroes), y hallar un espacio de consolación o ser útiles, ya que suelen considerar su existencia en las comunidades europeas como una existencia marginalizada y la precariedad (sobre todo en los barrios de Londres, París, Bruselas, etc.). Luego, podemos indicar los efectos de las malas estrategias occidentales que resumen la realidad de las demás culturas en sensacionalismo o espectáculo (de la misma manera que la dinámica colonial veía la existencia de los negros, igual a la animalidad); ahora consideran a los musulmanes y migrantes como los nuevos extraños y personas con las que no pueden dialogar. Ante una ausencia de perspectivas en estos ámbitos, una geometría variable en la aplicación de las normas, la actuación de unas instituciones gánsteres que violan los derechos humanos, y la brusca criminalización de las personas sin motivos justificados, sobre todo si los paradigmas simbolizan el santuario de la contradicción y las leyes siendo circunstanciales cuando se deberían de aplicar a los hechos precisos, obligan a los jóvenes a caer en manos del proselitismo (de los radicales).

De ahí muchos terminan convencidos por el horror de Dáesh, Al-Qaeda, Boko-Haram, etc. “El sensacionalismo occidental ha contribuido perversamente a que jóvenes desorientados hayan caído en el señuelo del glamur del Dáesh. Historias como la de la dos bellas adolescentes austriacas de origen bosnio buscando marido entre los *takfiris* - radicales islámicos- para luchar mano a mano en el frente, han servido de reclamo a muchas como ellas. Algo similar a Charles Mason y las perturbadas que aspiran a convertirse en sus esposas” (Rodicio, 2016:19). En casi todos estos jóvenes, podemos observar una lucha, es decir, la difuminación de un sueño en una sociedad racista, islamófoba y sin valores. Sin la intención de justificar ninguna actuación, sino limitándonos a la valoración de sus motivaciones, podemos considerar la relevancia que juega la presión de la asimilación (que no permite a los demás de explorar otros modelos de vida diferentes de la dominante). En esta búsqueda de la identidad, la fragilidad emocional lleva a muchos a abrazar la violencia para dar sentido a la existencia.

5.0 CONCLUSIÓN (PROPUESTAS)

No cabe duda de que el fenómeno de la radicalización y los factores que incitan a los jóvenes a la yihad son complejos y no se pueden reducir a meras cuestiones ideológicas o religiosas. A lo largo de este escrito, hemos intentado mostrar algunas claves que

explican esta realidad, y partiendo de nuestras experiencias e invitando a la reflexión sobre cómo evitar los errores sociopolíticos que siembran el odio hacia Occidente. Dado que no basta con analizar las causas, sino que debemos de plantear nuevos paradigmas para derrotar la violencia y evitar la instrumentalización de las instituciones por fines puramente personales (venganza, segregación, torturas, mercantilización ideológica desde algunos grupos), consideramos como mecanismos (soluciones), los siguientes:

Para mitigar la distancia entre personas de estas colectividades y las fuerzas de seguridad, no se ha de limitar la labor de las personas procedentes de estas comunidades a meras cuestiones de intérpretes, sino facilitar su incorporación en el diseño de las estrategias de comunicación y de sensibilización, debido a que los jóvenes de estos barrios necesitan a referencias o a personas con las que identificarse en el seno de las instituciones: sujetos que hablan su lenguaje y comparten la misma realidad sociológica para no sentirse distantes de las instituciones. Aunque en otros países europeos existen políticas de integración que permitan a personas de estos grupos de acceder a ciertas funciones públicas, en España, sigue habiendo un déficit en cuanto a la integración. Las fuerzas de seguridad, el sistema educativo, la administración, etc., siguen sin abrirse a las minorías y viendo el peso de los prejuicios, no saben cómo dialogar con los grupos minoritarios. Para debilitar las redes fanáticas y la radicalización, se debería de hacer el esfuerzo para incorporar a los imames e ‘intelectuales’ de estas comunidades en el diagnóstico de las causas y creación de mecanismos de reincorporación de los jóvenes en la sociedad. La policía y los jueces no pueden ser las únicas vías para solucionar el problema.

Para evitar la violencia policial y la instrumentalización de los prejuicios en la administración, sobre todo cuando se trata de lidiar con personas procedentes de las minorías, no basta con memorizar leyes para cumplir la misión administrativa. Las fuerzas de seguridad deberían de incorporar la ética, la sociología y la antropología cultural en su formación para conocer a fondo las dinámicas culturales de las comunidades que forman la sociedad, debido a que estamos en una era cosmopolita y los Estados (Naciones) están formados por diferentes realidades culturales. No podemos servir a comunidades que no conocemos. La función policiaca en ante todo la pacificación de la sociedad, y para que esto sea posible, las fuerzas de seguridad deberían de conocer a estos grupos, conociéndolos, se logra mejorar su actividad y cooperación. Puede ayudar a reducir las sospechas hacia ellas (viceversa). Por otro lado, para evitar los abusos de poder entre algunos agentes o la manipulación de los testimonios, se deberían de incorporar las cámaras en las patrullas, así se lograría proteger a los ciudadanos, a las propias fuerzas de seguridad, actuar eficazmente contra las violaciones de los derechos fundamentales y terminar con el abuso de la autoridad en el ejercicio de la actividad. El uniforme no puede ser un pretexto para realizar las ambiciones egocéntricas ni la superioridad.

Viendo la contribución que hacen los políticos y los medios de comunicación en la creación de un ambiente de disputa entre las comunidades, se debería de crear un Organismo Regulador Contra el Delito de Odio en los Medios de Comunicación, vigilando que no se emitan discursos de odio en los medios de comunicación y vía los discursos públicos; sancionar a los medios y grupos que ofrecen plataformas a los promotores de la violencia de odio. De esta manera, se podría minimizar el lenguaje de categorización en los medios de comunicación. Sin un abandono de la explotación del “miedo” de parte de los partidos políticos, grupos de interés, medios de comunicación,

etc., no lograremos derrotar la violencia ni el enfrentamiento comunitario, debido a que se utilizan las nuevas plataformas de comunicación para promover la psicosis o la fobia hacia los otros, que luego contribuyen a sembrar las discordias, la segregación y el radicalismo, como una manera de vengarse contra la vejación. La mayoría de las violencias nacen de las injusticias. Para terminar con la dinámica, hemos de priorizar las políticas sociales (la equidad) y la imparcialidad, sin los cuales no terminaremos con el radicalismo juvenil, porque muchos han caído en esta realidad tras sufrir las injusticias. También se necesitan mayores apoyos psicológicos (nivel escolar, universitario, ayuntamiento, comunidad de vecinos, etc.) para detectar los primeros signos de radicalismo o ganas de autoexcluirse de la sociedad entre los jóvenes, para prevenir y no limitar todos los procesos en el sistema judicial o el seguimiento policial. Y para que esto sea posible, necesitamos políticas eficaces contra la pobreza, porque sin la justicia social no puede darse la seguridad.

Necesitamos repensar el sistema penal (cárceles, la formación de los jueces y los fiscales), para que sea más humano y menos burocrático (la dictadura de las leyes). No podemos considerar el castigo penal como la solución a todos los problemas de la adolescencia; muchas veces, la detención, sobre todo si es injusta, radicaliza antes que educando. Los magistrados y legisladores deberían de implicarse en los trabajos sociales para entender las realidades de los jóvenes radicalizados, de esta manera podrán diseñar leyes más coherentes. Necesitamos penas alternativas. La mayoría de las políticas carcelarias y de lucha contra el terrorismo o la violencia juvenil son incoherentes, se resumen a una militarización o las ganas de mostrar la fortaleza del Estado, cuando el verdadero enfoque debería de ser cómo evitar la radicalización o mitigar las fases iniciales de las violencias. Los grupos extremistas recurren a armas no convencionales, de ahí el poder estatal (militar) por sí solo resulta ineficaz, más bien genera daños colaterales que alimentan el odio hacia las instituciones: estas políticas despiertan en los inocentes que han perdido familiares, el odio y las ganas de luchar contra el Estado (Occidente). Las instituciones occidentales deberían de preguntarse por qué no existe el mismo rechazo hacia China, Rusia, etc., y realizar una introspección seria y dejar de considerar que los ataques contra Occidente son por puras envidias u odio a sus valores. Al contrario, se necesita un diagnóstico riguroso de los errores históricos (las dinámicas cambiantes de la era global y cosmopolita), sobre todo en materia de lucha contra el terrorismo y la geopolítica. Las malas políticas no han hecho que alimenten el rechazo, avivar las amenazas, la violencia y ofrecen pretextos a los extremistas para atacar a los civiles occidentales.

Si anteriormente se podía llevar a cabo una política contra el terror sin causar mayores daños colaterales, en la actualidad, resulta más compleja, dada la complejidad de las estrategias y las metodologías de los grupos radicales y el crimen organizado. Con la utilización de internet y los desplazamientos en la era global, las redes son cada vez más complejas, de ahí es responsabilidad de los Estados de adoptar nuevas alternativas y no ofrecer pretextos a los radicales. No basta con lucha contra las redes criminales en las redes sociales, erradicando los bulos y las noticias falsas (la propaganda extremista), sino que las instituciones deberían de escuchar o colaborar con aquellas voces capaces de canalizar las frustraciones juveniles en vez de verlas como amenazas. En definitiva, necesitamos un cambio de paradigma sociopolítico, estratégico y jurídico, de lo contrario, no terminaremos con el radicalismo ni las amenazas internas y externas. Repensar cómo

utilizamos internet y sus fines, mediante una sensibilización entre la población juvenil, víctimas de las redes criminales: “A partir de 2006 hasta hoy, las organizaciones terroristas han utilizado junto al enfoque clásico de *warfare*, basado en el reclutamiento directo del enemigo en el campo de batalla, una nueva forma de interpretar el potencial de internet. El principal instrumento de lucha terrorista se ha así transformado desde el rifle hasta el ordenador” (Spiezia y Faggiani, 2022:75). Los grupos criminales no se han infiltrado únicamente en las redes sociales, también a través de las distintas estructuras sociopolíticas, explotando la miseria, las emociones y las paradojas sociales para llevar a cabo sus programas. Ante las injusticias y las vulnerabilidades emocionales y económicas actuales, resulta más fácil incorporar a los jóvenes al radicalismo. Si queremos terminar con esta dinámica, deberíamos de repensar las estructuras en las que se desarrollan las guerras asimétricas, enfrentarnos a las incoherencias de nuestros modelos sociopolíticos y considerar que nuestra humanidad y la seguridad nacional dependen también de la garantía de la dignidad de los demás. Mientras que siga habiendo el racismo, las dinámicas de superioridad moral-cultural y las ideologías detrás de la islamofobia, no habrá paz. ¡El radical nace de nuestros comportamientos inhumanos con los demás!

Bibliografía

- Bandrés, J.M., Garrido, D.L., y Ibáñez, R.C. (1994). *Xenofobia en Europa. Instrumentos jurídicos contra el racismo*. Madrid: Editorial Popular.
- Camus, J.Y., y Lebourg, N. (2020). *Las extremas derechas en Europa. Nacionalismo, populismo y xenofobia*. Prólogo de Antonio Maestre. Madrid: Clave intelectual.
- Cebrián, P. (2021). *El infiel que habita en mí. Los europeos que viajan al califato del Estado Islámico*. Barcelona: Ariel.
- Chomsky, N. (2020). *La responsabilidad de los intelectuales*. Trad. de Albino Santos Mosquero. Madrid / México: Editorial Sexto Piso.
- Francisco (Papa), (2021). *De los vicios y de las virtudes*. Roma / Madrid: Librería Editrice Vaticana / Romana Editorial.
- Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. Prólogo a la edición en castellano: Johan Galtung: Cultura profunda y cultura de conflicto. Traducción de Teresa Toda. Gernika-Lumo: Gernika Gogoratuz. Documento nº14. <https://www.gernikagogoratuz.org/portfolio-item/violencia-cultural-galtung/>
- Hogan, J. (2006). *Psicología del terrorismo. Cómo y por qué alguien se convierte en terrorista*. Barcelona: Gedisa.
- Ibarra, E. (2014). *La Europa siniestra. Racismo, xenofobia, antiterrorismo, islamofobia, antigitanismo, homofobia, neofascismo e intolerancia*. Madrid: Catarata.
- Labévière, R. (2004). *La trastienda del terror*. Prólogo de Sami Nair, Barcelona: Círculo de Lectores.
- Lundsteen, M. (2022). *La mezquita contestada. Islamofobia, racismo y capitalismo*. Prólogo de Manuel Delgado. Barcelona: Bellaterra.

- Maalouf, A. (2009). *El desajuste del mundo. cuando nuestras civilizaciones se agotan*. Madrid: Alianza.
- Rodicio, A. (2016). *Las novias de la yihad. ¿Por qué una adolescente europea decide irse con el Estado Islámico?* Barcelona: Espasa.
- Rodicio, A. (2016). *Las novias de la yihad. ¿Por qué una adolescente europea decide irse con el Estado Islámico?* Barcelona: Espasa.
- Saini, A. (2021). *Superior. El retorno del racismo científico*. Madrid: Círculo de Tiza.
- Scandroglio, B. (2009). *Jóvenes, grupos y violencia. De las tribus urbanas a las bandas latinas*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Spiezia, F., y Faggiani, V. (2022). *Ataque a Europa. Un atlas del crimen para comprender las amenazas, las respuestas y las perspectivas*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Subirats, E. (2006). *Violencia y civilización*. Madrid / Buenos Aires: Editorial Losada.
- Todorov, T. (2008). *El miedo a los bárbaros*. Barcelona: Círculo de lectores / Galaxia Gutenberg.
- Vallejo, I., y Vázquez, S. (2022). *Don't fuck the Police. Un modelo policial que protege al poder y no a los ciudadanos*. Madrid: La esfera de los libros.